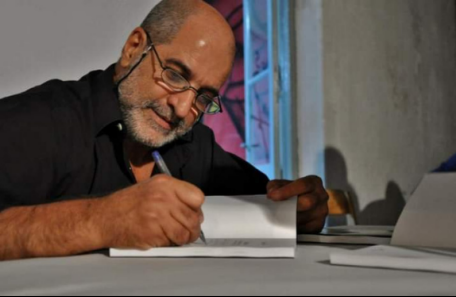


VIVIR SIN PASADO

MIGUEL MILLÁN SEQUEIRA





Miguel Millán Sequeira, Nacido y criado en la ciudad de Mercedes, departamento de Soriano, en el año 1957.

Fue dirigente estudiantil de enseñanza secundaria. Prisionero político en el Cuartel de Mercedes en abril de 1975 siendo menor de edad.

Luego de liberado, fue secuestrado en setiembre de ese mismo año, en los Vagones de Canelones donde permaneció casi dos meses en calidad de detenido-desaparecido.

Fue trasladado a la cárcel del Cilindro Municipal de Montevideo,

desde donde se fugó junto a otros tres militantes de la UJC.

Ha publicado "Faltan 4" (Fin de Siglo, 2013), "El Fantasma de la resistencia" (Fin de Siglo, 2014) y "Carlos Chassale : Un maestro comunista en La Teja (Sitios de Memoria - Uruguay, 2020).

Permaneció exiliado hasta marzo de 1985 en Cuba, donde culminó estudios de Licenciatura en Letras en la Universidad de La Habana.

Al regreso a Uruguay trabajó como docente de literatura en enseñanza secundaria. Trabajó diez años hasta el 2019, en enseñanza en contexto de encierro por el Consejo de Educación Secundaria.

En la actualidad participa en la Comisión por la Memoria, Justicia y contra la Impunidad de Soriano.

VIVIR SIN PASADO

Miguel Millán Sequeira



LIBRO DIGITAL



**SITIOS DE MEMORIA
URUGUAY**

Un proyecto colectivo

VIVIR SIN PASADO



Miguel Millán Sequeira
2023, Montevideo, Uruguay.
ISBN: 978-9915-9310-5-0

Fotografía, diseño de tapa y edición: Mariana Risso y Rodrigo Barbano
Ilustraciones en relatos: Mariana Risso y Rodrigo Barbano con asistencia de IA.

Tipografía: Libre Baskerville. Impallari Type bajo Open Font License; 2015, Now,
Alfredo Marco Pradil bajo Open Font License (OFL).

EDITORIAL SITIOS DE MEMORIA - URUGUAY

<http://sitiosdememoria.uy>

contacto@sitiosdememoria.uy

Qué duros tiempos, el ángel ha muerto,
los barcos dejaron el puerto.
 Tiempo de amar,
 de dudar,
de pensar y luchar,
de vivir sin pasado.

Candombe del olvido
Alfredo Zitarrosa

Prólogo

En Uruguay, la última dictadura empezó en 1973. Los historiadores y los políticos porfían si fue en febrero o en junio. Y todavía no ha terminado. Como una de esas bolsas de nylon ominosas que tardan siglos en degradarse, y que aún después de desvanecidas en el aire, dejan su estela de microplásticos venenosos, aquellos acontecimientos de hace 50 años siguen interfiriendo nuestras vidas. Tal vez esa continuidad ocurre por la modalidad política, jurídica y moralmente espuria que intentó clausurar aquella parte de la historia.

Entre tantas cosas la dictadura sigue generando una proliferación narrativa de escrituras en disputa. Es la forma menos monumental y congelada de la persistencia de la memoria. Vivir sin pasado de Miguel Millán es uno de esos relatos: viene a cooperar de modo agónico e incómodo con los demás.

La lectura de estos cuentos, cuya atmósfera asordi-

nada y siniestra es –mayormente- la resistencia clandestina, me ha revelado o confirmado algunas certezas: el heroísmo suele estar hecho de claudicaciones, de derrotas y aún de infamias; la materia íntima de la épica (no su revés ni su contracara) suele ser el desvalimiento y el miedo. Esta es la modalidad de la memoria que aparece en estas narraciones a las que se ajusta un adjetivo no sé si puesto de moda o inventado por el Indio Solari: desangeladas. Así lo anticipa una canción que sirve de epígrafe.

Otros discutirán la pertinencia estratégica, o estrictamente política, de este libro. Sus virtudes literarias indiscutibles son la intensidad, la potencia sostenida de sus atmósferas, la verosimilitud aleada a lo documental.

Gustavo Espinosa

El alférez

Cuando terminé la escuela militar, creí que el mundo era mío. Pero el primer destino que tocó fue un cuartel del interior, bien lejos de la casa familiar, a la que volvía cada fin de semana mientras estudiaba. Ya no pude saciar mi hambre de las cosas ricas que hacían mis tías y abuelas. Eché de menos los mimos de la vieja, que, para mal remate, murió al segundo año de estar allá. Esa vez tuve que pedir un pase especial, mirarle la cara al comandante y recibir los pésames del cuerpo de oficiales formados en pelotón corrido de izquierda a derecha.

El comandante dispuso un vehículo con una guardia para el velorio y el entierro, un teniente, un cabo y un soldado. Vestidos de gala, bien vistosos como para que todos supieran la profesión del hijo de la difunta.

Estuvimos parados horas como estatuas en la sala velatoria. Pasaron cientos de personas, familiares, amigos,

vecinos. Unos venían muy ceremoniosos, me extendían la mano, decían unas palabras y se retiraban, ninguno se quedó a conversar. De las únicas que recibí abrazos fue de las tías, lloraron en mi pecho, mojaron las galas con sus lágrimas.

Miraba de reojo a mi teniente segundo, muy serio, firme. La intención era crear la idea de familia militar, hacernos sentir parte de un todo, contenidos. Entré a dudar cuando aparecieron los primos... las primas. Habíamos crecido jugando a las escondidas mientras los mayores tomaban sus aperitivos alrededor de las parri-llas los domingos. Nos enamoramos con la prima Esther hasta que nuestros padres decidieron que cada uno debía seguir su camino y ninguno de los dos protestó.

En el cementerio padecí unas ganas bárbaras de sacarme el uniforme y dejarlo arriba del cajón en el que se iba la vieja, pero el viejo estuvo mirándome todo el tiempo como si supiera lo que estaba pensando.

Teníamos el antecedente de un primo. Le había seguido los pasos a su padre haciendo la carrera militar, le faltaba un año para graduarse de alférez cuando murió el viejo. Fue al velorio con el séquito de compañeros de generación, todos correctamente vestidos de gala, en perfecta formación. Luego del entierro, fue hasta su casa paterna, agarró a la madre y le dijo: «¡Chau, carrera!». Se dedicó al contrabando.

Mi viejo también se había ilusionado mucho cuando entré a la escuela militar. Repetía todo el tiempo: la patria exige que sus hijos la defiendan de la subversión. Leía en voz alta los editoriales que reflejaban lo que estaba pasando en el país. Y yo veía en el liceo cómo se organizaban los revoltosos, hacían paros a cada rato con cualquier pretexto. Los que solamente queríamos estudiar no decíamos ni mu. Así que lo más aconsejable fue terminar yendo al liceo militar y de ahí a la escuela.

Del entierro de la vieja de vuelta al pueblo, al cuartel y a los quilombos. A los alféreces nos ponían a cada uno un cabo y un soldado para que hicieran de guardaespaldas y nos enseñaran las cosas de la vida, como dijo el capitán que nos recibió el primer día: «¡Aquí se van a hacer hombres!».

El Mariolo era uno de los soldados que me pusieron adjunto. Conocía muy bien la vida y el mundo del bajo. Era hijo de una de las dueñas de un quilombo, matrona, como le llamaron mis tías cuando les conté. Las giras las comenzábamos por el Barquito, seguíamos por el Hong Kong, donde enganchábamos a la Soraya —un travesti inmenso, parecía boxeador o uno de esos personajes de los espectáculos de lucha libre—, y partíamos para las Pirámides y, si la noche daba, terminábamos en el Karin, principalmente si tocaba la primera guardia del día, porque era el que quedaba más cerca del cuartel.

Al principio y por pudor, trataba de que no llegáramos al Karin porque ahí nos veía gente que después hacía cola por la parte de atrás del cuartel con su olla para que les dieran lo que sobraba del rancho. Aunque los seiscientos soldados y oficiales terminaban sabiendo el parte diario no escrito de lo que había hecho cada uno. Después supe que el comandante prefería eso a que los soldados se sodomizaran en las guardias.

El Mariolo era un libro de sabidurías callejeras. Un hermano había caído muerto en un enfrentamiento con la policía argentina cuando no acató la voz de alto. Calzaba justito en el perfil que después me enseñaron los gringos, tanto los que están de un lado como del otro de la raya son marginales. Al menos así eran catalogados por el canon occidental, cristiano, blanco, anticomunista. «Son los pichis», me decía Mariolo sin saber que a él también lo tenían caratulado de la misma manera los gringos, los viejos, los generales.

Me enseñó mucho, la verdad, le estoy agradecido. Si pasé aquella primera prueba sin vomitar ni dar un paso atrás, se la debo a él. Los oficiales daban las órdenes, yo también las di, pero quienes metían las manos en el barro eran los soldados, los cabos y los sargentos. Y en la lucha contra la subversión muchas veces fueron los soldados quienes, por un ascenso rápido o camiones de materiales para levantar su casa y la de sus parientes, fueron más audaces y fueron más al frente.

El Mariolo había comenzado dando manivela al magneto. Contaba que ahí aprendió a trabajar en silencio, mudo. El capitán era un maniático del secreto y la compartimentación, había hecho poner un cartel a la entrada de su oficina, donde tenía el magneto: guarde silencio al entrar, no diga ni nombres ni grados de nadie. Estaba claro que aquel letrado era para el personal porque los pichis entraban vendados y encapuchados.

Mientras los detenidos permanecían incomunicados en el período de los interrogatorios de rigor, hacía poner unas punto treinta apuntando cada una hacía las dos puertas de entrada. Siempre aparecían civiles a pedir por la puerta del fondo, la que permanecía abierta de par en par para el ingreso y salida de los móviles, de esa manera veían a los encapuchados y a todos, sin falta, se los amenazaba de la misma forma: ustedes no vieron nada. Era el truco más eficaz para que, si comentaban en secreto a sus amigos de más confianza, el miedo se extendiera como mancha de aceite.

Cuando se produjo la única acción bélica con una baja nuestra, una herida de bala de gravedad, salimos todos a la cacería de los subversivos. Hay que sacarles el agua a los peces, fue la orden del comandante y la cumplimos. Los autores materiales habían contado con un grupo de campanas, relevos y transporte. El Mariolo y su gente enseguida se pusieron sobre la pista como buenos baqueanos.

Supimos que la base sobre la que se apoyaron los subversivos armados estaba entre unos pescadores y cirujas. Más de veinte pasaron por el magneto, el tacho y el ablande de palos cubiertos con goma. Terminaron orinando sangre, pero ninguno se nos quedó y tampoco hicieron la denuncia, solamente unos gritos en la plaza para que los escucharan diez o quince que se juntaron.

Cuando parecía que teníamos todo liquidado, apareció una información sobre una familia de rusos de San Javier que se habían venido a vivir justo por esa época. Esos no tenían pinta de pichis. Incluso no sé cómo se filtró que los teníamos nosotros, porque tuvimos en la puerta del cuartel a todos los rusos viejos reclamando sin parar, días y noches. Mi teniente Herrera, por ese entonces, se ensañó con una rusita que era menor de edad. Hizo formar una escuadra de soldados recién ingresados y los arengó para que la violaran. Les llegó a decir que estábamos en guerra contra la subversión y que todos los subversivos eran unos pichis que lo único que buscaban era destruirnos. Después nos dijo a los alféreces que esa era una orden para poner a prueba la tropa.

Nunca logramos capturar a los autores ni materiales ni intelectuales, pero dejamos aterrorizada a la población. Los hechos corrieron a través de las persianas y de los zaguanes a medio abrir, en los susurros de las procesiones y las misas.

Entre las filas de los comunistas teníamos gente que

nos mantenía informados. Iban saliendo del cuartel y pasaban por un confesionario, contaban todo llorando de dolor y rabia para asombro del auditorio cada vez más escaso. La dirección nacional, el Partido le llamaban ellos, evaluaba que todavía se vivía en un Estado democrático y que la correlación de fuerzas permanecía en una balanza que no se inclinaba hacia el fascismo, que por eso no tenían que hacer denuncias judiciales y, fundamental, no exponer públicamente el tratamiento que habían recibido para no asustar más aún al pueblo.

En las Pirámides encontré a la Chelita, una muchacha que trabajaba como camarera. El Mariolo me advirtió: «No te enamores de ninguna y no les creas nada de lo que te digan, te van a llorar la milonga haciendo cuentos de desgracias, de caídas y tropezones, te hacen una radionovela de película con pericón completo». Así fue, había sido madre dos veces y los tuvo que dar, eso fue lo que me dijo, se había venido desde otro pueblo y estaba sola. Tenía un aspecto de adolescente recién salida de la pubertad, su cuerpo no delataba los dos embarazos y los dos partos. Me costó mucho percatar la dureza de ciertas miradas suyas cuando no la estaba mirando a los ojos. Caí como chorlito, terminé yendo todos los días a visitarla, aunque el grillo de la voz del Mariolo no me abandonó nunca y terminó sacándome de semejante pozo.

Era muy fácil y expeditivo el trámite de cortar por lo

sano. Seguramente, Mariolo pasó el parte a mi teniente segundo y este al capitán, y así hasta el comandante. Terminé cumpliendo guardias redobladas, me pusieron al frente de la oficina que se encargaba del papeleo de los detenidos. Hacer las fichas, pasar en limpio las declaraciones, tener prontos los papelitos con la constancia de que allí habían sido bien tratados y de que los había atendido la sanidad correctamente. Era quien les presentaba esos papeles a los detenidos cuando iban a ser trasladados con otro destino o cuando iban a ser liberados y tenía que hacerlos firmar. Debía actuar con firmeza, que no quedara lugar a ninguna duda. Nunca ocurrió ninguna negativa.

Después empezaron los subversivos con los rayados de las paredes en el pueblo. Unas veces era abajo la dictadura, otras era liberar a los presos políticos. Yo pensaba que era facilísimo dar con las células siguiendo el modo operativo, pero para eso había que distribuir parejas de soldados por todo el pueblo en las horas que sabíamos que hacían los rayados, en las noches. «Es un trabajo chino —dijo el comandante— cortemos camino, traigamos acá a los que suponemos que son y los hacemos cantar, acá todos cantan.»

Imposible recordar todos los que pasaron, pero hubo uno, la Bruja le decían, al que mi capitán Herrera, recién ascendido, le dio el tratamiento A. De entrada, magneto, tacho, ablandamiento, una sesión tras otra como quien lava y tuerce sin parar. Como negaba todo,

quedó hecho una piltrafa, tirado en un charco de agua, se desmayaba a cada rato. En una de esas que se despertó, le escuché clarito al sargento de guardia, el Chanco le decían, «Che, hermano, tenés que decir que tenías armas enterradas en tu casa, porque si no, te van a matar».

«Lo tuvimos que soltar, para que engorde», dijo el capitán, y licenciaron a un soldado panadero que vivía frente a la casa del subversivo para que lo tuviera vigilado veinticuatro por veinticuatro.

El batallón tenía un cuadro de fútbol que dependía mucho del gusto del comandante. En esa época tocó uno al que le gustaba, creía que era un vehículo eficaz para mezclarse entre los civiles, para comenzar a exhibir al militar como un ciudadano más.

Así que la orden para todo el personal que no estuviera de servicio era concurrir a las canchas donde jugaba el equipo del batallón. Los jugadores liberaban guardias tanto para practicar como para los partidos, recibían dietas especiales y tenían a su disposición el equipo de salud, médicos, enfermeros, medicamentos. Los pataduras debíamos asistir como hinchas, respetuosos, hasta ceremoniosos. Incluso manteníamos semejante compostura cuando las hinchadas contrarias lanzaban sus gritos. Como en todo pueblo chico, conocían vidas, desdichas y milagros de cada uno de nuestros jugadores. Sabían qué jugador era soldado y cuál estaba cumpliendo misión como asimilado solamente para jugar

fútbol. Le conocían el desempeño a cada uno dentro del batallón. Nuestro golero era un S2, soldado de inteligencia con todas las de la ley, y con él se cebaban. Fundamentalmente, la hinchada más feroz era la del llamado Expreso del Bajo, donde jugaba el tal Bruja.

Hubo un episodio en uno de esos partidos sin tregua donde me tocó, por desgracia, ser testigo directo del comportamiento totalmente desubicado de uno de los soldados. Aunque estábamos todos de civil, éramos fácilmente reconocibles, y mucho más entre nosotros. Aquel soldado gritó como desaforado el gol del cuadro contrario. Al día siguiente lo llevé derecho ante el comandante.

—¿De qué cuadro es usted?

—Del Expreso del Bajo. Nací ahí, es mi barrio, es mi gente.

—Tratemos de entendernos. Le vuelvo a formular la pregunta de otra manera: ¿de qué cuadro es usted desde el momento que es un soldado de la patria?

—Del Expreso del Bajo mi comandante.

—¡Quince días de calabozo y otros treinta días de arresto a rigor sin salir del cuartel!

Aquel soldado, al poco tiempo, desertó, cruzó la frontera y nunca más se supo de él.

Para quien le gustara, la vida cuartelera era muy entretenida, todos los días había novedades. Así llegó por sus propios medios, a pie, un dirigente sindical a ofrecerse para colaborar. El tipo había sido destituido de un or-

ganismo del Estado en medio de una huelga general y el sindicato se hizo cargo de su sueldo, pero le asignaron un sueldo de funcionario del Partido, así nos dijo, y no le alcanzaba para nada. Era un beodo empedernido y no quería seguir militando en el partido clandestino. La verdad, hacía mucho que no participaba en la vida orgánica, pero colaboró activamente en lo que sí podía, conocía mucha gente, sabía quiénes estaban enganchados haciendo algo y hasta conocía los simpatizantes.

Al final ya se había convertido en un plomo, entraba todos los días al cuartel como si fuera un soldado más, siempre pidiendo, lo que fuera. Primero nos insistió con una familia de escoberos que, según él, eran la base comunista en el barrio más pobre del pueblo. Ya habíamos tenido a un hijo, creo que era el mayor, le dimos un tratamiento igual que al resto y se cagó todito, pero no tenía nada de información para sacarle. Tanto insistió, se puso pesado, que terminamos yendo dos de civil con él. Les dijo que éramos camaradas que veníamos de parte de la dirección a darles el informe. El más viejo, era como el jefe de la tribu, nos dijo que ellos no querían saber nada con nada, que la cosa estaba muy fulera y que ellos preferían seguir trabajando tranquilos haciendo escobas y vendiendo yuyos.

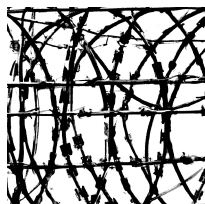
Hasta que mi capitán se cansó y le exigió resultados gordos. Al principio no quería entregar al que él consideraba que era, había sido, aunque ahora no estaba seguro si seguía siendo, el jefe máximo. Era un viejo

veterinario que vivía en la rambla, como siempre estos comunistas metiéndoles en las cabezas el cuento de la sociedad sin clases y ellos viviendo a lo rico. Lo llamó por teléfono y lo citó en el puerto, le dijo que quería volver a engancharse. El viejo cayó mansito, pero a partir de ese día quedó quemado el colaborador, así que lo empezamos a usar como oreja en los bares y quilombos.

Cuando ya había cumplido el arresto a rigor por haberme enamorado de la Chelita, siguieron los verdugos de los capitanes y yo no podía hacer nada, cualquier respuesta que diera podía ser motivo de sanción y de anotaciones en mi legajo. De la vida privada de los inferiores se podía hablar todo, por delante o por detrás, no importaba, pero de las escapadas de los superiores no se podía decir nada, bajo amenaza de pena de muerte poco menos.

Ahí fue que utilicé, por primera vez, el vínculo familiar con el general, primo hermano de mi madre; más adelante, cuando nos fugamos con Ana, lo volví a molestar. En el primer pase al que tuve derecho después de la sucesión de arrestos y sanciones, le pedí al viejo que lo llamara y arreglara una reunión privada, mano a mano. Él entendió enseguida. Lo único que me preguntó después de oír mi resumen de estado de situación fue cuánto tiempo llevaba en el mismo destino. «Te vas a un curso de contrainteligencia a la Escuela de las Américas», cortito y expeditivo el tío mayor.

La principal enseñanza que traje fue que hablando se entiende la gente. Los interrogatorios por las buenas, en conversaciones amigables, en los que se habla de la familia, los amigos, los gustos, son donde se extrae más información. Mucho más en este país, donde todos tenemos un pariente o un conocido en común.



Esos ojos

Antes de hoy creía que lo había contado todo, pero si vos decís que no, vuelvo sobre lo mismo. Hace unos años se lo dije más o menos por arriba a uno de mis jefes en la clandestinidad. Escuchó atentamente y, cuando hice un alto para respirar y soplar los mocos, me recomendó que fuera a hablar con cada uno de los compañeros que se habían visto perjudicados por mi actitud, pero no me dio el cuero, la verdad.

A pesar de que me considero una gran delatora, me sigo sintiendo comunista. Me conmueven las mismas cosas que me conmovían cuando me afilié a los trece años. Sigo yendo al comité de base, solo como escucha; revoleo la bandera de Otorgués porque siento que también me pertenece.

Desde chiquita sentí un gran desprecio por los burgueses, por sus mansiones, sus autos caros, su buen pasar

en los hoteles del mundo. Nunca me gustó la música y el arte que ellos disfrutaban con tanto placer. Será porque crecí en una casa obrera, siempre tuve barra de amigos proletarios, gente de la calle que se vestía como yo, que hablaba con las mismas palabras que aprendí de mi padre.

De mi madre es poco lo que te puedo hablar, los mayores recuerdos que tengo de ella son las visitas a la Sala II. Dolía verla allí, siempre en otro mundo, ausente. Y mi padre, solitario, criando hijas mujeres. El viejo se refugiaba en la militancia del Partido y en el vino, cuando no trabajaba. Nunca faltó al laburo como nunca dejó de pagar la cotización al Partido.

Lo que más disfrutaba cuando chica era ir para afuera a la casa de unos tíos. Jugábamos todo el día con los primos y las primas, nos escapábamos al arroyo, subíamos a los árboles, cazábamos arañas con un hilo al que le atábamos una bolita de jabón. Las pescábamos porque se prenden al jabón.

En el barrio tuve que hacer de matona. Defendía a mis hermanas a los piñazos. Los gurises salían aleccionados por los padres, seguramente, a pelear con las hijas del comunista. Nos decían cosas, nos ofendían. Al principio podíamos jugar con todos, después se formaron barritas, nosotras con otras amigas éramos las Amazonas, las machonas nos llamaban los varoncitos. Después cuando crecí, seguí teniendo barras de amigos con los que nos defendíamos en todas.

Sabés que no recuerdo haber festejado ningún cumpleaños, así como festejan los niños ahora. Éramos pobres y nos conformábamos con algún regalito que nos compraba papá. Los festejos los empecé a vivir cuando me afilié a la Juventud Comunista. A los trece años fue eso, enseguida se fueron afiliando mis hermanas. Los compañeros que vinieron a casa a afiliarme primero le pidieron autorización a papá. Y el viejo, todo ceremonioso, les dijo, delante de mí: «Pregúntenle a ella». Yo, loca de la vida, había visto a esos mismos muchachos juntarse con otros cuando salían en manifestaciones arriba de los camiones, a los gritos y sacudiendo banderas, los veía con los baldes de engrudo y los rollos de afiches y después, al otro día, quedaba boba mirando los muros cubiertos con la estrella roja o con la 1001.

Desde que entré a la militancia me gustó la parte de finanzas. Salíamos con bonos y los vendíamos en las puertas de las fábricas, en las ferias, y otros especiales para los cotizantes del Partido. Hacíamos bailes en el local del seccional, invitábamos a la gente del barrio, iba toda la muchachada y allí hacíamos política, afiliábamos y hacíamos finanzas con lo que vendíamos: repostería y bebidas. Después los ultras se burlaban de nosotros diciendo una consigna falsa: «¡Afiliate y baila!».

No sé por qué los viejos siempre se derritieron por mí, era una debilidad que les despertaba. Anduve con algunos, pero no con todos los que dicen. Incluso hubo unos cuantos que se quisieron propasar, los denuncié al

Partido y les llamaron la atención. Era la época en la que recién empezaban a aparecer las minifaldas y nosotras éramos unas chiquilinas. A los viejos verdes se les caía la baba.

Yo tuve un amor que fue el amor de mi vida, era con el que siempre quise andar. Anduve con el hermano, pero con él recién se me dio más tarde. El amor siempre me ha llegado a destiempo, me ha agarrado desacomodada. Fijate que a ese amor recién lo pude tener cuando ya me tenían entre dos fuegos. En la clande sufrí mucho la soledad, y si hay algo que no soporto es la soledad y el encierro. Me entra una asfixia insoportable.

Un día iba en un ómnibus, podrida con eso de cuidarme de los seguimientos, de la seguridad del militante, percibí la mirada de unos ojos verdes, divinos. Fue un flechazo. Iba en los asientos traseros, cerca de la puerta, y él venía parado en la parte delantera. Se fue acercando hasta que estuvo pegado a mí, siempre mirándonos. Los demás pasajeros no existían, parecía que se hubiesen esfumado. Así seguimos hasta cuando se bajó el que iba al lado mío y él se sentó. Temblaba todita como si fuera una novia de quince años. Él me empezó a hablar con toda naturalidad, que si iba a trabajar, que si estudiaba, que si iba para mi casa, que teníamos que prolongar aquel encuentro. Yo, muda, no lo podía creer, a esa altura llevaba meses sin que un hombre se me acercara así y con esos ojos. Y ahí tendría veintiséis, veintisiete años.

Al final me la jugué y lo invité a la casa donde me estaba quedando. En esos días vivía sola. Fue entrar, pasar la puerta y el desparramo. Volaba por las nubes. El hombre aquel era un experto encantador de serpientes, tendría mí misma edad. Daniel, me dijo que se llamaba, o le entendí, en medio de la batalla de los cuerpos. Cuando terminamos, él fue a sacar un cigarrillo de una carterita y se le cayó una pistola o un revólver. Del cagazo que me pegué, lo único que sentí fue el golpe contra el suelo y vi aquel fierro negro. ¡Se terminó el encanto!

El tipo se puso muy serio, duro, hasta los ojos preciosos se transformaron, y empezó a hablar, en otros términos. Que me estaban siguiendo, hasta dijo la parada donde yo había subido. Que ellos eran dos, venían en el mismo ómnibus, que el otro estaba afuera de la casa y que había informado todo a la base. ¡Ah, y que eran del Servicio de Información de Defensa!

Me cagué toda, yo sabía que había mucha diferencia entre el trato que daban en Inteligencia de la Policía y el de los cuarteles. En la Policía podías pasar, te torturaban, pero podías zafar con una declaración más o menos. El ejército, en cambio, te exprimía hasta el final. Todo esto lo pensaba a mil por hora mientras el tipo hablaba.

Me dijo: «Te tenemos, ahora sos de nosotros. Te ofrecemos colaborar a cambio de dejarte suelta...». A la mierda todo, todo, todo, ya lo tenía decidido, ni presa ni

torturada y menos violada. Lo decidí en fracciones de segundo. «¿En qué creés que puedo colaborar?» fue la pregunta inmediata, antes de conocer qué sabían de mí.

Sabían todos mis pasos, tenían una biografía completa. Más que biografía, tenían una radiografía. Me tenían por el lado de los textiles que estaban colaborando con ellos en la Armada. «Nosotros tenemos las computadoras trabajando», me dijo el tal Daniel, y yo no entendí hasta mucho tiempo después.

Fijate cuántos errores juntos. En la legalidad, yo había trabajado con la comisión juvenil de los textiles... ¡Y en la dictadura, el Partido me manda a trabajar con ellos clandestina! La misma gente, las mismas casas, el mismo recorrido.

Esa vez lo único que querían era que yo trabajara para ellos, pero que siguiera militando en la clande. Me aseguraban casa y comida si necesitaba, un viático, a cambio de que los mantuviera informados de mis pasos. Les tenía que avisar a un teléfono cuándo me iba a reunir, cuándo iba a tener un contacto.

Vos pensás que es muy fácil y muy ingenuo. Ellos me retuvieron a la nena recién nacida. «Si te escapás o te hacés la viva, perdés a tu hija» fue la sentencia dicha con voz dura y con una mirada que ya no era la de aquellos ojos divinos.

Cambiaron muchas veces de táctica. Al principio me llevaron a una casa que habían conseguido ellos. La compartimentación de la clandestinidad permitía eso. ¡Y como yo cada vez era más jefa y dueña de mi destino...! Después supe que estaba llena de micrófonos, hasta en el baño.

Avisaba que salía a un contacto y nada más. Claro, en octubre de 1981, cuando me llevó a La Tablada el Pajarito y me mostraron todas las fotos, recién ahí me di cuenta. Los tipos tenían un equipo que me seguía a todos lados y sacaban fotos. Seguramente, eran cámaras profesionales de esas que sacan a mucha distancia y luego se ven los rostros perfectamente.

Día, hora, lugar y con quién estaba en cada foto. Muchas fotos. En blanco y negro, pero con una nitidez que se me hacía imposible negar que esa que señalaban era yo y con quién estaba hablando.

Te entrevero todo porque se mezclan los recuerdos. Y sí, la vida se me fue transformando, pero yo no me daba cuenta, era todo como un cuento que le pasaba a otra. Me hicieron una cirugía plástica clandestina para dejarme el rostro sin ninguna seña particular. Me bautizaron con un nombre clave para manejar internamente y para las comunicaciones. Casimiro fue el nombre que me puso Cordero, según me contó Ulises mucho después. Nombre de hombre para que nadie sospechara que era una mujer quien se escondía detrás

y «Casi» porque no estaba de un lado ni del otro.

Pude empezar a usar ropa de moda. Me traían vestidos, pantalones, blusas, zapatos, zapatillas, los suecos aquellos con unas plataformas de diez centímetros, y el maquillaje, todo desde Buenos Aires. Me encantaba usar toda esa ropa, que siempre me había gustado, pero nunca tenía plata para comprar. Ellos querían que yo me codeara con la pequeña burguesía del Partido, con el sector universitario. Claro, porque yo tenía muy trillados los barrios obreros, los dominaba a la perfección, todos mis amigos son de ahí. Pero la parte más fina del Partido y de la Juventud se me escapaba.

Cuando llegó el momento en el que las papas quemaron, tuve que largar por la borda toda la información que me pedían para salvarme. Y traté de no cantar a mis amigos, a la barra. Por eso me defendieron hasta donde pudieron. El único que me duele en el alma es el amor de mi vida, tuve que entregar la casa donde estaba viviendo con él y lo agarraron durmiendo, eso no me lo perdono y él no me lo perdonó nunca.

Porque fue así, en esos meses previos a que me metieran para adentro, cuando se cansaron de mi juego, viví a los saltos de una casa a otra. El milico con el que me contactaba en esos últimos días me decía: «Están pidiendo que entregues todo, se cansaron, y más ahora que los viejos de arriba perdieron el plebiscito».

En una de las últimas casas, donde me estuve quedando unos veinte días, había una sola cama de dos plazas y la compartimos con Serapio. Ahí mi estado de ansiedad era tan grande que no podía dormir, fumaba toda la noche sentada en la cama. En esa casa teníamos los veinte mil dólares benditos y tan mentados. Era la plata para el funcionamiento de lo poco que iba quedando del Partido y de la Juventud, que ya eran una sola cosa al final.

Este compañero dormía de lo más tranquilo. Se daba vuelta en la cama y abría un ojo, me miraba y seguía durmiendo. No tenía ni idea de lo que me estaba pasando por dentro. Cuando nos separamos, cada uno por su lado, nos dividimos los dólares, diez mil para mí y diez mil para él, para que se los diera a Jesús.

Serapio cayó un tiempo después, cuando yo estaba adentro, haciéndoles de computadora, locutora, escribidora, intérprete. Le dieron como quien lava y tuerce. Querían los diez mil dólares. Los míos ya los tenían. Estos milicos cuando olían plata se ponían como locos. Hasta ahí yo tenía en un puño todos los enlaces. Entonces lo que hacían los milicos era dejarlos sueltos y sacarme a mí a darles directivas nuevas. Todos los enlaces fueron llevando directo a las cabezas del Partido y de la Juventud que no tenían contacto conmigo.

Yo sabía que Serapio debía entregarle los diez mil dólares a Jesús, pero no sabía dónde estaba viviendo. Así fue

que Serapio se ligó una máquina espesa que lo llevó al Hospital Militar. ¡Lo que son las cosas, fíjate vos, ahora me enteré que estaban viviendo los dos en la misma casa y que Jesús se quedó ahí tres meses más!

Las normas de la clandestinidad eran inflexibles, aunque yo no les di nunca pelota. Pero había compañeros (y compañeras, como se dice ahora) que las cumplían a rajatabla. Sobre todo, el tema de la compartimentación. Cada militante o dirigente solo podía conocer a otros cinco. Era una pirámide para que, si caía uno, los otros cuatro fueran los únicos que supieran lo que tenían que hacer. Los milicos de inteligencia en el OCOA utilizaron las mismas medidas de seguridad, cada uno conocía un pedacito, nadie sabía la película completa.

Por esa desprolijidad con la que siempre manejé todo, sabía cosas que no debía y, a su vez, otros sabían cosas mías que no debían. Así fue que al Colo lo masacraron preguntándole por la lista de clases y soldados del Regimiento Sexto de Caballería Mecanizada a los que íbamos a entrevistar. Era un asunto entre él y yo, solamente. Pero cuando le empezaron a preguntar, que si la cuarta dirección de trabajo del Partido, que si la infiltración comunista en las Fuerzas Armadas, a él le quedó la duda de quién habría sido. Podría haber sido yo como otro de los que cayeron en el 77, vinculado con él y conmigo.

Ahora es muy fácil hablarlo, incluso muchos se permi-

ten juzgarnos. ¡Habíamos quedado solos en la clandestinidad comiéndonos los mocos! «¡El Partido no se asila!» era la consigna, pero resulta que me pasaba registrando nombres de cuadros de dirección que se tomaban los vientos. ¡Nosotros fuimos la generación que le dijo «No» a la dictadura en el plebiscito del 80!

¿Preguntás por las fotos que me sacaron durante cuatro años y me mostraron después, todas juntas, en La Tablada? Como te dije, las sacaba un equipo especial encabezado por uno con pinta de medio bobo, alto, flaco, que dicen había sido jugador de básquetbol, Martín era el nombre yuto con el que se hacía llamar. Ese era el encargado de las casas por donde me iba desplazando, por lo menos al principio. Fue el que puso los micrófonos en toda la casa sin que yo supiera.

Las cámaras fotográficas eran Canon o Nikon, con teleobjetivos de 200 o 400 mm que sacaban fotos milimétricas a una cuadra de distancia, todos fotógrafos de Jefatura. Nunca los vi. Lo supe después por Ulises.

Llegué a la conclusión de que muchos de los que siguieron militando en la clande preferían no vincularse conmigo porque alguien desde adentro de los milicos les había pasado el dato de que existía Casimiro.

Decían: «Pasa que vos quemás».

Y yo repetía lo mismo: «Mirá que soy un semáforo en

luz roja todo el tiempo».

Otros decían, cuando se encontraban conmigo: «La calle está que arde».

Lo que importaba era que el gran jefe siguiera creyendo en mí. A los veinte años me había mandado a Moscú a hacer un curso de seis meses. Era una joven promesa, un cuadro en bruto, y, además, mujer. Arriba de los estrados yo era Tania la guerrillera para todos los gurises de la Ujotacé. Veían mis piernas con la minifalda y se meaban los pobrecitos.

Hablé mucho y escribí también. Por ahí deben andar las cintas grabadas y los papelitos con mis letras. Cuando me encerraron en una pieza de La Tablada, con una buena cama, mesa y dos sillas, también me entregaron un grabador, una libreta y lápices. En los ratos libres, dibujaba, hacía los planos de las casas donde había estado y de las calles por donde me movía.

Fue una locura. Estaban apurados todo el tiempo. Al principio fueron cayendo todos los que integraban la dirección más estrecha, enseguida, los de la fracción sindical. Los milicos creían que éramos batallones, seguían pensando en el fichero con treinta mil afiliados, por eso estaban tan apurados porque les entregara todo, no podían creer que aquellos sesenta o setenta era todo lo que se movía organizadamente... Pudieron quedar algunos cabos sueltos, pero fueron los menos.

Allí adentro nos compartimentaron. El milico Ruso por su lado, el Flaco Alejandro por otro y yo en otra parte; nunca los vi, pero supe que estaban haciendo lo mismo que yo, después Ulises me contó algunos detalles más.

Lo del Fico fue algo muy diferente a todos los otros casos. Fue el único que me vio en la calle. ¿Vos decís que fue en setiembre de 1982? Con ellos nunca se sabe, Ulises siempre me dijo que fue una hijaputez de Isidoro, que quería quemarme. Me llevaban en un auto camuflado, con peluca rubia y lentes de sol. Íbamos de reconocimiento, a esa altura era para lo que les servía mi experiencia de años dentro del «doparti».



Un quebrado

Ya nadie pregunta cómo te portaste, cómo te fue. Es más fácil, más liviano, andar por la vida sin todas aquellas preguntas y cuestionamientos. Durante las primeras épocas, me hice un drama bárbaro. Incluso cuando salí en libertad y cayó la dictadura y veía a toda esa gente desfilando con su bandera al hombro, me asaltaba la misma pregunta: ¿qué hice para que esto sucediera?

Ahora vienen con toda esa curiosidad intelectualoide; ¿decime vos qué interés puede tener cuarenta, cincuenta años después?

Salí y viví como pude, trabajé con mi padre en un quiosco, después tuvimos un taxi y en eso sigo hasta hoy. La gente con la que me relacioné no tuvo ni tiene la más remota idea de mi pasado. Claro, descubren enseguida que fui comunista, por la manera de hablar, por la forma de analizar los fenómenos sociales y políticos.

Incluso la barra de amigos de mis hijos me ha propuesto varias veces para ocupar cargos de representación de un comité o de una coordinadora, o cargos electivos también. Y siempre he dicho que no, sin dar demasiadas explicaciones. Mi mujer sí, ella agarra todo lo que le proponen y yo le doy letra, pero es distinto.

¿Cómo me explico? Es como si en un accidente de tránsito matara a un niño, por más que no haya sido imprudencia mía, y aunque pagara con cárcel, arrastraría esa carga en la conciencia para siempre.

Al principio miraba al espejo y veía la ruindad reflejada, cada mañana, cada vez que ejecutaba el acto de afeitarme. Ahora, hace tiempo que no necesito mirar el artefacto ese, para qué si me devuelve las arrugas del alma en colores.

Al llegar al penal de Libertad hice la primera confesión. Llegué al segundo piso, donde estaba la dirección del Partido, en celdas de a dos. El compañero me escuchó todo el cuento en silencio, sin preguntas, y después habló.

—Está bien. Pero ahora estamos todos vestidos de dos colores. Los que estamos encerrados detrás de las rejas, de gris y pelados. Los del otro lado, los que cuidan que no escapemos, de verde. Así que mientras estemos aquí, los de mameluco gris y pelados somos todos compañeros, después se verá.

En cierta manera me cuidaron. No me entregaron al enemigo, como se decía. Sentí la contención que estaba necesitando después del intento de suicidio y de los días que pasé en el Hospital Militar.

Lo mío fue un desastre. ¿Para qué voy a contar? Cualquier cosa que diga va a resultar un intento de justificación. El mínimo detalle y ya se darían cuenta de quién soy.

En teoría la tenía súper clara. Aquello del checo Fučík de que cuando la cabeza no quiere, la boca no habla. O lo que nos dijo a todos el Rodney cuando fuimos promovidos: los huesos sueldan, la conciencia, una vez que se quiebra, jamás.

Todo esto no lo he podido hablar con mi mujer, ella viene de otro palo, es de izquierda, pero simpatizante, del grupo de los aliados, como le decíamos. Cada vez que me asalta la culpa cristiana, digo algo para que entienda y la respuesta es exactamente la misma: que ella no hubiera aguantado ni un segundo, que no es humano dejarse maltratar por no decir lo que ellos te preguntan.

Había pasado a la clandestinidad en el último tiempo antes de caer. Los primeros dos años de dictadura estuve en una semilegalidad, seguí viviendo en la casa del viejo. Después viví a monte, a los saltos de una casa a otra. Con seudónimo que cambiaba según el lugar y el círculo que fuera a atender, pero nunca tuve documentos falsos, ¿para qué? Confiábamos en la protección que

nos brindaba el trabajo de masas, mucha gente nos cuidaba, nos daban lo que no tenían: calzado, ropa, comida.

La famosa charla de seguridad para estar prevenido por lo que pudiera pasar a medida que avanzaba el fascismo la recibí varias veces. Una en la escuela vespertina, otra me la dio el Petiso, reunidos los dos solos, cuando me promovieron para tareas más delicadas y de mayor responsabilidad. Y después, allá en la madre patria, con los ejemplos de los héroes de la segunda guerra, sobre todo cuando detallaban los métodos cada vez más sofisticados de seguimientos, de interrogatorios sin que te dieras cuenta porque te los haría uno en el papel de bueno. O sea, no tengo justificación por ningún lado, sin escapatoria, yo sé en qué me convertí. Pero el Partido actuó muy bien conmigo, no me aisló, recibí siempre el informe político, estaba al tanto de las movidas dentro del penal. No participé más en la vida orgánica, lo único. Sin esa contención, no sé qué hubiera sido de mí.

En una de esas casas que tenía para el aguante clandestino, una especie de pensión para estudiantes del interior, me hice de una novia. Empezamos a salir. En un encuentro, en Portones de Carrasco, nos abordó una patrulla de la policía, nos pidieron documentos y salí corriendo. Me metí por dentro de un grupo de viviendas y cuando salí me estaban esperando con la muchacha esposada.

La pobrecita no tenía nada que ver con la resistencia organizada y la tuvieron dos meses, pasándola muy mal. Todo por culpa mía. Al final la soltaron, luego de comprobar por todos los medios que era inocente, más la presión que ejerció el padre, un hombre con campos y del Partido Colorado.

También sigo teniendo amigos del alma con los que me confesé. Seguramente, fue uno de ellos que mandó a estos a hablar conmigo. Pero una cosa es que le haya contado a mi amigo y otra que se lo cuente a alguien que lo va a publicar.

Con estos amigos nos seguimos viendo muy seguido, hacemos unos guisos en el rancho del Roberto, jugamos unos trucos y festejamos. A veces sale el temita de la cárcel. Ellos la cuentan a las risas. Sufrieron las peores torturas por semanas y meses y no dijeron una sola palabra. Los miro y no lo puedo creer. Se ríen y me entran unas ganas bárbaras de llorar allí mismo.

Ellos me perdonaron y sus palabras de consuelo son eternos bálsamos, pero siempre les digo:

—¿Dirían lo mismo si uno de los compañeros que canté fuera uno de los desaparecidos o hubiera muerto en la tortura?

Éramos fundamentalistas, la cuadratura del círculo caminando y de pelo largo. Hubo exageraciones que las

pagamos muy caras después. Cuando lo del Cilindro, que los milicos sacaban a los compañeros a blanquear los muros con los rayados clandestinos, la dirección de la Juventud Comunista impuso sanciones con nombre y apellido a aquellos que no se negaban. ¡Aquello fue un disparate! Esos compañeros no se recuperaron más, ni militancia ni enganche ni buzón para pasar un pape-lito, lo más lejos de todo compromiso.

Y lo del Ariel Ricci me lo contaron en el cuarto piso de Jefatura. Otro compañero de la Ujotacé lo agarró para él cuando se lo metieron en la celda, presos igual los dos, le dio unos sopapos y le dijo que lo estaban esperando en el penal para cogerlo por la cagada que había hecho. Hasta ahí había cantado algunas pocas cosas, a partir de ahí pidió para colaborar y salió a marcar gente por las calles con los milicos de Inteligencia.

Con los que se exiliaron actuaron diferente. Hubo muchos cuadros que se fueron sin pedir permiso a la orgánica y después volvieron como unos héroes porque dicen que afuera denunciaron las atrocidades de la dictadura y la ayudaron a aislar internacionalmente.

Muchos juzgan y no pasaron un solo día dentro de un calabozo todos meados y cagados encima. Porque el cagazo es real y concreto, literal.

Después de que tenían cerrada el acta y en el momento que había vuelto del Hospital Militar, estaba tranquilo

esperando el traslado y viene la Momia a sacarme para los sótanos de la Armada. Resulta que había otro cantor que les estaba dando todos los nombres de los que habíamos ido a la Unión Soviética.

—¡Hijo de puta! ¡Fuiste el jefe de la delegación de la última promoción a la escuela del Komsomol y no decías nada!

Ahí, no me acuerdo si fui yo o ya lo había dicho este otro muchacho, surgieron los nombres de los dos compañeros de la delegación que fueron conmigo. El Flaco Jesús y esta gurisa, Teresa.

Con Ana hablábamos mucho. Recibíamos muchos testimonios de los que iban cayendo y de lo que les hacían. Manejábamos bastante información sobre el comportamiento de cada uno. Después de la Morgan, un poco antes incluso en la Metro, empezaron a darnos con todo, el manual completito de provocar el dolor justo en el momento preciso. Se les fue la mano en algunos casos, fueron los menos, accidentes del oficio le decían ellos.

A los compas los conocíamos, si no era directamente, siempre teníamos referencias por uno o por otro. Hubo de todo entre los que aguantaron. Muy pocos no decían nada, la mayoría inventaba una leyenda cuando podía y, si no, hacían la de los hábiles declarantes, que-maban nombres que sabían estaban fuera del país o que habían muerto, o inventaban seudónimos.

Lo que más nos aterraba era el dolor físico, sabíamos que no lo íbamos a soportar, pero no se lo decíamos a nadie. Hasta un día en que nos sinceramos cara a cara, entre cuatro ojos, si caíamos, hablaríamos para evitar que nos destrozaran. A partir de ese día, anduvimos más tranquilos, sin sustos. Al menos yo me convencí en esa conversa, no sé si Ana ya lo tenía decidido desde antes.

Nos llevaron esposados con la muchacha a la comisaría de ahí, de Portones, la 26. Ahí les dije mi nombre verdadero. Se demoraron un rato en averiguar que estaba requerido por las Fuerzas Conjuntas. Allí inventamos que nos habíamos conocido el día anterior y no dijimos que había sido en la casa de la Paloma, eso lo dije después.

En el viaje desde Portones hasta Maldonado y Paraguay, el antro infernal del inspector Castiglioni, fui ordenando lo que iba a decir apenas pusiera un pie ahí adentro y me fueran a encajar la capucha.

Lo primero sería la casa donde estaba clandestino, lo del Colorado y la Tana. Después, lo de la Paloma. En tercer lugar, los nombres de las direcciones de los regionales. Y de postre, eso pensaba, cómo estaba integrada la dirección departamental de Montevideo.

Cuando dije todo eso ante el subcomisario José Luciano Pignatares —supe enseguida que era él porque se presentó, muy orgulloso de sus galones—, me dejó sentado en su oficina y mandó a buscar a la Momia y a Castiglioni.

Abayubá Sentena de Alencastro y Víctor Castiglioni eran famosos dentro y fuera de fronteras, se habían especializado en la Juventud Comunista, conocían vidas y milagros de la organización. Le habían hecho escribir un librito al Charleta Jorge Gundelzoph. Hacían méritos para la posteridad. Y se aparecieron en persona. No me tenían registrado. Después de la caída grande de fines del 75 y principios del 76, habían perdido el hilo que llevaba a la red clandestina. Ahora se sabe, por los archivos, que las oleadas fueron cada dos años, pero entremedio acumulaban información, seguimientos, teléfonos pinchados.

Se manifestaron maniáticos del organigrama. Sacaron un pizarrón, tiza y borrador. La Momia dibujó los cuadrados con flechas y arriba de cada uno escribió el nombre del organismo. Dirección Departamental, que era el Comité Central que quedaba, Frente de Organización, que era lo mío, regionales. Hasta ahí llegaba lo que sabía. Por suerte, había mucha compartimentación. Aunque con Ana nos contábamos todo.

Arriba estaba el Petiso, el otro Flaco, Ana, el Pepe y yo. Conmigo en organización trabajaban Hugo, Freddy y el Nórdico. Ahí les expliqué lo de la fusión de los regionales después de las caídas del 75 y el 76, y cómo habíamos ajustado las reuniones, cortitas y al pie y no más de tres.

Hasta ahí la cosa no venía mal. Estaban todos clandestinos y yo no tenía la más remota idea de dónde vivían,

ni el barrio. Porque insistían con llevarme camuflado en auto particular a hacer rondas y quedarnos un par de horas en algunas esquinas. Algunas veces lo hicimos, pero sin resultados.

La cagada grande fue cuando apretaron por las casas donde había estado escondido desde que fui requerido. En qué lugares nos reuníamos. Ahí empezó a caer un castillo de naipes. No solo la del Colorado y la Tana y la de la Paloma, que había decidido desde antes entregarlas, sino también las casas, porque eran varias, que nos prestaban los tres hermanos que eran sobrinos de un general en actividad.

Yo sabía que, de todas, había una que debía preservar porque a esa iba el Tigre, como lo llamaban ellos. Una vez al menos me reuní con él y el Petiso en la casa de Pedro.

El Pedro era un cantor de boliches que hacía una vida totalmente pública, muy conocido en el ambiente. Cuando lo metieron a la oficina, le sacaron la capucha para que lo reconociera, no dijo nada, pero miró como para matar. Ahí no pudo hacer nada, me la reservó para después.

Todas las casas allanadas, con ratoneras de una semana por lo menos, -hacían guardia para esperar a los que caían- y después desvalijadas.

A los diez días de toda esa locura, no aguanté más y me tiré contra una puerta de vidrio para cortarme todo, en

un intento de suicidio para que se terminara aquello. Salió mal, o porque estaba muy débil o porque los tipos estuvieron atentos, se abalanzaron y me redujeron. Ahí fui conducido al Hospital Militar.

A los dos meses me trasladaron al piso cuarto de Jefatura, ahí en San José y Yi. Me pusieron en una celda con un pobre gurí militante de base que estaba destrozado anímicamente porque había cantado, aunque lo de él era un juego de niños al lado de lo mío. No le dije nada para no desmoralizarlo más.

Ahí estuve unos tres meses más, me sacaron dos o tres veces para corroborar datos y para reconocer a algunos rezagados que fueron cayendo.

De a poco la vida se fue normalizando allí encerrados entre cuatro paredes de tres por dos. El trato con la guardia era normal, nos traían la comida, almuerzo y cena, más el desayuno, un jarro de leche con un pan. Comida cuartelera, rancho le llamaban ellos. Y nos llevaban al baño tres veces por día, y una ducha, día por medio, todo muy rápido y expeditivo.

Se llegó a comentar en voz muy baja que había milicos que habían sido afiliados a la Juventud, incluso uno habría militado en la 20 cuando mataron a los ocho camaradas. Nadie decía nada, pero había guardias más amables que otras.

En otras celdas estaban los que habían caído a raíz de mi colaboración, parece que los guardias tenían la orden de que no se cruzaran conmigo. Sin embargo, escuchaba sus voces y eran como campanazos.

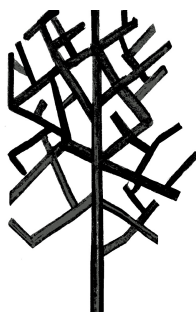
De pronto, un día, oí cómo uno de estos guardias empezó a hablar con el Pedro sobre el oficio de payador. Al policía le gustaba la guitarra y lo había escuchado cantar en un boliche. Ahí me fui enterando, era un guitarrero de pueblo, tocaba y cantaba todos los estilos, milongas, chamarritas, tango, zamba, lo que le pidiera el público. El milico estaba encantado de tener a un ídolo en vivo y poder conversar con él.

La verdad, yo no le conocía esa veta, mi vínculo con él había sido siempre como militante clandestino. Además, mi conocimiento del canto popular de aquellos años era muy limitado, y los que andaban en la vuelta cumpliendo tarea militante con su arte, para mí, eran Manuel Capella y Yamandú Palacios. Así que al Pedro lo descubrí ahí, nunca le dejaron pasar una guitarra para que despuntara el vicio y entretener así al piso entero; después, en el penal, al parecer le dejaron entrar el instrumento; a él le dieron solamente dos años, «asistencia a los asociados».

Sí, cuando lo largaron se fue al exilio y murió allá, según me enteré. El asunto fue que de esas conversas con este guardia se ve que se pusieron de acuerdo y en una de las salidas al baño o a la visita, no lo tengo muy claro, hicie-

ron que nos cruzáramos en uno de los pasillos.

Después que pasó todo, y mucho más con los años, llegué a la conclusión de que estuvo muy planificado y de que participaron al menos dos milicos, el que lo sacó a él y el que me sacó a mí. ¡Qué casualidad que nos cruzamos y ellos no hicieron nada! ¡Bruto piñazo en plena trompa me ligué! Perdí un diente, hasta hoy este hueco me quedó como marca para toda la vida.



El hincha número uno

Cuarenta años después decidió hacer una llamada para concertar el reencuentro de aquellos campeones. A decir verdad, la gente del fútbol casi no lo recordaba como aquel joven futbolista, uno de los tantos «cracks» que no llegaron. Sin embargo, él se la cree.

Del otro lado le respondió César con mucho entusiasmo. Se habían perdido después de aquella gesta, el recibimiento con caravana multitudinaria por las calles del pueblo. Las vidas habían transcurrido por senderos tan diferentes. Estaba jubilado. Se jactaba todo el tiempo de no contar con ninguno de los adelantos de la comunicación: no tiene celular ni internet.

Después de un rato de cruzarse noticias de vida, César recordó algo. Alguien le había hablado hacía muy poco tiempo de aquel campeonato y de aquellos campeones. No lograba recordar el nombre del intempestivo me-

morioso que le había enumerado los resultados de cada uno de los partidos. Aquel individuo le habría dicho: «¡Pobre Bruja, él estaba vendado mientras lo interrogaban y yo estaba en la misma oficina escribiendo a máquina! Él no me vio, nunca se enteró que yo estaba ahí». En esa primera conversación, después de cuarenta años, aquel comentario quedó sin respuesta...

En las horas y los días siguientes las palabras oídas le fueron dando vueltas como una noria. ¡Pobre Bruja!, repicaba el cencerro. Hasta que de pronto cayó en la cuenta: no hubo nadie escribiendo a máquina mientras estuvo encapuchado —que no vendado—, pero lo que sí hubo fue un ser mudo dando manija al magneto, obedeciendo las órdenes del capitán.

Cada 26 de abril vuelve a ser sábado, cuando la Bruja tenía diecisiete años. Esperaba aquella sorpresa, teóricamente conocía cuáles eran las prácticas comunes y corrientes y sostenía, también en la teoría, cuál debía ser su actitud ante los hechos desencadenados. Pero desconocía el segundo a segundo, ignoraba que iría a tiritar de miedo, que le temblarían las rodillas golpeándose una contra otra de manera involuntaria.

Eran las once de la mañana de un sábado con sol, otoño sin frío, por eso andaba en la calle de mangas cortas, trillando en bicicleta. Había sido prevenido de que algo podía ocurrir, pero de esto ya hacía más de una semana y, aunque estuvo atento y limpió la casa,

venía distraído.

Entró contraflecha por la calle de su casa a mitad de cuadra. Desde la otra esquina se le vinieron el Mosquito y el Mariolo. Tenía que acompañarlos, dijo el Mariolo. Rápidamente le torcieron el brazo a la espalda y salieron de la vista de la cuadra, desierta a esa hora, increíblemente.

Caminando entre los dos civiles armados —sus armas abultaban las camisas rústicas— llegaron hasta el cuartel, frente a la plaza. Apenas ingresaron fue encapuchado. Lo dejaron parado en un punto al aire libre. Llegó una voz —la misma que volvería a oír en los minutos y las horas siguientes— que planteó, clara y sonora, la siguiente encrucijada:

—¿Vas a hablar por las buenas o por las malas?

Como no oyó respuesta, volvió a la carga:

—Te quedás ahí para pensarlo y en un rato te venimos a buscar.

Aquel rato fue una eternidad vacía. Lo tomaron de un brazo y lo llevaron a una habitación. Silencio de voces, sin embargo, escuchaba cómo rozaban sus calzados sobre las baldosas. Encendieron una radio, arrancó a sonar una música muy fuerte, "Aquí está su disco". Le pusieron esposas a la espalda, colocaron cables en ellas y comenzó a oír el sonido de una manivela y enseguida

la descarga eléctrica en las muñecas. Volcaron un balde de agua sobre su cuerpo y volvieron las descargas, esta vez transmitidas a todo el cuerpo. Saltaba, aullaba y los tipos en absoluto silencio. Eran cuatro, el Mosquito y el Mariolo parados a cada lado; delante, quien daba las órdenes, el capitán; más un soldado, Edgard, el compañero de escuela y liceo de la Bruja, dando manivela al magneto, por ese y otros servicios llegaría a sargento mayor y, como tal, se retiraría luego de veinte años de cumplimiento del deber.

Cada una de estas sesiones duraría una media hora. Entre una sesión y otra, plantón en penitencia contra la pared del fondo de la cancha de pelota mano, con un soldado armado vigilando a pocos pasos. Siempre encapuchado. Fueron tres sesiones, cada una agregaba una novedad: el submarino combinado con las descargas eléctricas, por ejemplo.

En la primera sesión fue reconocido por el compañero de escuela y liceo. Bastó un golpe de cabeza para que el capitán recibiera la luz verde.

Para la segunda sesión le trajeron a una muchacha asustada, volvió a preguntar el capitán:

—¿Este es?

Demoró en responder y enseguida pudo oír unas palabras susurradas al oído de la muchacha. De inmediato,

de manera casi audible, se oyó el sí.

El capitán y sus hombres en absoluto silencio, solamente la radio a volumen estridente dentro de aquella pequeña habitación... para tapar los aullidos que de todas maneras eran escuchados, seguramente, en todo el cuartel. Y al caer la tarde comenzó el plantón eterno bajo una llovizna que se desató sobre la ciudad y sobre la Bruja.

En la madrugada, pidió hablar con el oficial. Se demoró, estaría durmiendo el hombre. Vino muy enérgico.

—¿Qué querés? ¿Vos creés que a mí me gusta lo que te estamos haciendo? Si vos hablás y respondés todo lo que nosotros queremos saber de vos, te llevo bajo techo con colchón para dormir tranquilo. Si querés te dejo un papel y vos escribís sin apuros.

La respuesta fue que no sabía por qué estaba allí y que no sabía nada de lo que ellos querían saber. El capitán, aparentemente enojado, asestó un piñazo en la capucha, debajo de la cual estaba la cabeza de la Bruja... y se fue como había venido.

Cayó al suelo varias veces. Escuchaba sus voces detrás, permanecieron despiertos haciéndole la guardia. Hasta una última caída en la que no sintió nada más. Despertó en medio de un charco de agua. El domingo la guardia se comportó como todo domingo, hicieron su asado.

Llevaba sin comer más de un día, ni un bocado de nada. Ni agua. El olor de la grasa derritiéndose le provocaba nostalgia. En un momento el sargento de la guardia se acercó para hablarle.

Con el Chanco se conocieron en las canchas de fútbol.

—Che, Bruja, deciles que tenías armas enterradas en tu casa para que no te sigan matando.

El plantón seguía, estuvo cayéndose muchas veces más y volvían a levantarlo... hasta que, al llegar la noche, se derrumbó y ya no se levantó. Mandaron a buscar al capitán, que llegó, otra vez, muy enojado. Se paró arriba de las piernas del derribado y comenzó a caminar por encima de su cuerpo mientras pegaba con la fusta.

Al verlo reaccionar, pronunció estas aladas palabras:

—¿Sabés lo que dijo el Che Guevara?, que un minuto de sufrimiento para un revolucionario es un minuto de gloria. ¿Y sabés lo que digo yo?, que un minuto de tu sufrimiento es una pelotudez.

En el ambiente se percibía que, mientras iba pronunciando su discurso épico, el capitán iba aumentando su bronca, porque cuando puso punto final, descargó un fustazo más fuerte sobre los genitales del enemigo vencido.

Despertó tirado en aquel suelo mientras oía el revuelo

alrededor, le auscultaban los latidos del corazón. En parihuela fue llevado hasta un lugar donde le sacaron la capucha.

Lo recibió el doctor, conocido en el barrio con el apodo de el Cholo.

—¿Qué te pasó? ¿Cuánto llevás sin comer? ¿Qué te duele?

Esa noche le dieron algo de comer y dejaron que durmiera tirado arriba de unos ponchos militares. A la mañana, otra vez el plantón.

En el silencio escuchó clarito una voz que gritó, dirigiéndose a la guardia personal:

—El detenido a la compañía número dos del capitán Herrera.

Fue conducido otra vez a la misma pieza de la máquina.

Volvió a escuchar al capitán hacer la pregunta que martillaba en su cabeza:

—¿Vas a hablar?

Pero para entonces el preso ya había tenido tiempo de madurar una respuesta entera y sonora: «No tengo nada que decir». Esas palabras lo acompañaron como un latiguillo todas las veces que fue conducido a declarar.

Esa vez fueron seis días, una guerra relámpago. Lo mantuvieron aislado, con capucha y orden estricta de que nadie hablara con él. Sin embargo, una mañana después de los interrogatorios, sintió que se le arrimaron unos pasos amigables. Eran otros dos hinchas de fútbol, de aquellos partidos memorables en los que la Bruja había hecho temblar los alambrados cortando los ataques adversarios de los punteros habilidosos. Estos dos eran conocidos, además, de la militancia estudiantil, pertenecían a agrupaciones rivales, de la izquierda gremial, pero enemigos jurados como solamente podían serlo en aquellas épocas.

Aparecieron sorpresivamente. La Bruja recordó sus apellidos, eran Óscar P. y Óscar C. Estaban frescos como lechugas, sin capuchas ni vendas, y muy sueltos de cuerpo le contaron que habían caído la noche anterior porque una patrulla les había pedido documentos y no los tenían encima, pero que los soltarían inmediatamente. Enseguida le preguntaron: «¿Y a vos por qué te tienen?». La Bruja les dijo que lo acusaban de comunista, aunque seguramente estaban equivocados.

Lo soltaron al día siguiente de aquel primero de mayo cuando el ejército de Estados Unidos salió derrotado de Vietnam. Allí comenzaría su extensa calesita.

Todo fue muy rápido, clausurado el sueño del fútbol en los potreros de barrio o en los estadios con luminarias, escribió su testimonio en hojillas de papel de cigarro y,

como respuesta, la directiva de huir de sus lugares habituales, de esconderse lejos del capitán y sus secuaces.

Cuando la Bruja y César volvieron a hablar, en los preparativos para asistir al reencuentro, le dijo su novedad, la película reconstruida.

—¡Claro! —exclamó César. Y rememoró un poco más de aquella conversación—: Edgard me dijo que le había preguntado a su padre si debía decírtelo, pero el viejo le dijo que mejor no.

El viaje por el túnel del tiempo lo llevó a repasar imagen por imagen, sensación por sensación, como fotos con sonidos y olores. El capitán le había levantado la capucha hasta dejar al descubierto boca y nariz y le preguntó a otro:

—¿Este es la Bruja?

Ese otro debió responder con un gesto, un movimiento de cabeza.

Edgard había sido el hinchista fiel. Aparecía en todas las prácticas, llegaba a los partidos más lejanos. Fue a Artigas, donde casi no llegaron hinchas; a Colonia, a San José y, por supuesto, estuvo toda la semana en las finales de Durazno.

En la segunda sesión de máquina le trajeron a la Bruja lo

que habían encontrado en el allanamiento de su casa.

—Esa es una prueba que pusieron ustedes para acusarme de algo.

Inmediatamente, recibió una descarga de golpes primero y de electricidad después. Saltó sin control, dio alaridos que se fueron a mezclar con la Radio Montecarlo.

La tercera sería la vencida, eso creyeron.

—¿Quién es este?

Aquella persona respondió con voz bajita, muy asustada:

—La Bruja.

Nada más, luego el silencio roto por la voz metálica del capitán: «¿Conocés a esta persona que te dice Bruja?». Como dijo que no la conocía, continuaron con los golpes eléctricos desaforadamente.

En los minutos eternos de los plantones entre sesión y sesión, la Bruja reconstruyó aceleradamente cómo habían sucedido los hechos para que llegaran hasta él de manera tan directa y eficiente. En la ciudad de San José habían sorprendido a una brigada de grafiteros de la Juventud Comunista pintando muros —¡Abajo la dictadura! —; uno de aquellos muchachos había delatado a un dirigente del cual conocía sus datos; ese diri-

gente local delató a un dirigente nacional intermedio; este, a su vez, delató a su superior inmediato. Y el superior inmediato, que, se suponía, era el menos indicado de toda la cadena para abrir la boca, ¡la abrió, y cómo!

De esa manera, la Bruja decidió invitar a Edgard para que asistiera al reencuentro de los campeones como testigo, espectador en primera fila, para que sintiera en carne propia la emoción de los exjugadores.

Invitación muy formal y personal:

«El próximo sábado 22 de noviembre conmemoramos los cuarenta años de los campeones (esa es la información pública). Hay otra información privada que quiero y necesito hablar con vos: resultó que estuviste en la misma pieza-oficina (no sé cómo la llamabas vos entonces) donde yo estuve bastante incómodo aquel 26 de abril. ¿Te das cuenta de que también se cumplirán cuarenta años? Vos dirás. Me encontrarás fácilmente. Un abrazo tenso y emocionado. La Bruja».

Y apareció Edgard. Todos lo reconocieron, ¿cómo no iban a reconocerlo? Asistió a todos los eventos: a la apertura de la jornada, temprano en la mañana, con muestra fotográfica en blanco y negro. Al almuerzo en un club alquilado especialmente; al descubrimiento de placa en el cementerio local, por los dos compañeros que «se nos adelantaron en el viaje». Al partido de fútbol con rivales apropiados.

En la noche, fiesta con más muestra fotográfica en blanco y negro, entrega de regalos, diplomas y banderines. La Bruja y Edgard se dieron un abrazo, tenso, expectantes, luego anduvieron todo el día mirándose por el rabillo del ojo.

En la madrugada, cuando la fiesta se volvió baile, en una de las vueltas de abrazos y recuerdos, Edgard se esfumó.



El esplendor de Ana

Levantaron una leyenda alrededor mío y, viste, una vez que se instaló en las conversaciones esas durante las horas muertas de las guardias en los locales, olvidate, quedó grabada en una piedra para siempre.

Lo pienso y lo razono ahora. Aquella era la época en la que empezaba la liberación femenina, y era toda una novedad. La píldora anticonceptiva, la minifalda. Las mujeres dejaban cada vez más de ser amas de casa y trabajaban igual que los hombres, ganaban sus pesitos y podían vivir solas.

Fijate, el gran jefe vio en mí un proyecto con todos esos símbolos juntos. Me mimó siempre desde que me descubrió. Alguien, supongo quién, pero mejor olvidarlo, le sopló al oído y él abrió un ala para cobijarme.

Hice los cursos y los viajes que, se suponía, debían hacer

todos los cuadros. Estuve, además de en Moscú, en Alemania del Este, en La Habana. Fui como responsable de una brigada de jóvenes comunistas a realizar trabajos voluntarios al Chile de Salvador Allende. Me subí a cuanta tribuna de actos de masas se hicieron en la campaña electoral del Frente Amplio en 1971. Todo eso antes de los veintidós años, fíjate vos.

Por esos días me hicieron funcionaria del Partido, revolucionaria a tiempo completo. Pero claro, después tuve que buscar, o me encontraron, un trabajo en el que estuviera en caja con todo en regla. Ahí fue que entré de secretaria rentada de la comisión juvenil de la central sindical, hasta que pasé a la clande.

La leyenda de Mata Hari creo que empezó cuando me enredé con el petiso Antúnez, veinticinco años mayor. Era el secretario del seccional del Partido al que me mandaron de secretaria de la Juventud. Después, los demás viejos verdes le llevaban la carga a toda gurisa nueva que íbamos afiliando con el pretexto de que yo había señalado el camino.

Los hombres son así, se hacen películas donde no hay nada más que su mente podrida. Son como niños, llenos de fantasías, te mienten todo el tiempo y, a la vez, se creen todos los cuentos.

Estábamos en pleno auge, según nosotros y lo que leíamos, escuchábamos y veíamos. Cuba palante y palante;

Vietnam haciéndole pagar muy caro al Imperio su guerra invasora; la Unidad Popular en Chile, por la vía de las urnas, nacionalizaba el cobre y se plantaba frente a los yanquis. Para aquella gurisada yo era Tania Bunke y Ángela Davis, y para los viejos verdes era la diosa al alcance de sus ojos y sus babas.

Un día me puse a contar con cuántos me había ido a la cama y perdí la cuenta cuando se me empezaron a entreverar con los que nada más anduvimos de la manito y apretando un rato. Muchas veces empecé la cuenta y la dejaba por ahí mientras se me cruzaba una estrella apagada. Cada tanto creía que me enamoraba y cometía el error de decírselo, enseguida me arrepentía y ponía la marcha atrás sin que se diera cuenta.

Pensaba todo el tiempo en mi pobre viejo, una vida peleándola solo, con la mujer —mi madre— en la Sala 11 y haciendo lo que podía por criarnos a nosotras. Siempre, cada vez que me veía en una situación difícil, en una encrucijada de esas en la que tenés que decidir para dónde agarrar, pensaba en mi viejo. Él se refugiaba en el vino y en el Partido. Yo, en el cigarrillo, el amor pasajero de los hombres y en el Partido, mientras existió para mí... o yo para él.

Cada uno de los militantes debía confesarse con quien estuviera por arriba directamente, rendir cuentas eran las palabras que usábamos. Y todos le terminaban informando al gran jefe. Así era, no sé cómo fue después.

Luego que pasó lo que pasó, comenzaron a salir todos y a volver otros, con el primero que me encontré casualmente en la calle fue con él, el amor de mi vida, te juro que se me caía la cara de vergüenza. Muy tranquilo, con mucha calma me preguntó qué iba a hacer. Nada, le contesté, sigo viviendo con Ulises y estamos criando dos hijas. Insistió con que debía ir a confesarme y que él me haría el contacto para que eso fuera posible. Ahí mismo, delante de él, me derrumbé, empecé a llorar como loca, la gente pasaba y nos miraba, creían que era una escena de celos, que yo le estaba pidiendo que volviera. ¡Qué me importaba lo que pensarán, ni los veía!

El asunto fue que él se las ingenió para hacer el contacto con mi jefe directo. El tipo se sorprendió y reaccionó a su manera, cuadrado, esquemático, me citó para un día y una hora y en el local central donde tenía su guarida. Prometí que iría, pero después me puse a pensar: no va a estar solo, se va a hacer acompañar por uno o dos de sus secretarios para que haya testigos de lo que conversemos. Seguramente, va a poner sobre aviso a la guardia del local y desde el portero que me reciba hasta quien me acompañe a la puerta de su oficina sabrán quién soy y a qué voy. Y lo más grave de todo, de esa manera se enteraría Ulises. Los muchachos enseguida correrían a contarle.

Así que esa vez no pudo ser. Muchos años tuvieron que pasar, yo necesitaba conversarlo con alguien y lo fui contando de a puchitos, por aquí y por allá. Mi hermana, que me había sentenciado a muerte civil, un día decidió per-

donarme y vino a casa cuando Ulises estaba en el trabajo, toda una tarde estuve contándole, le dejé la cabeza como un bombo. Pero no era a ella a quien debía rendirle cuentas ni ella, creo, entendió el fondo de la cuestión.

Siempre digo, cuando me preguntan, que los que más deberían saber sobre las caídas son el Ruso, Raúl y el Flaco Alejandro, ellos eran los enlaces con todos los cuadros que dependían de mí porque yo no conocía dónde vivían ni cómo llegar a todos ellos.

El Ruso venía cumpliendo esa tarea desde mucho antes de que yo me hiciera cargo. El Negro Raúl sí vino conmigo. El Ruso era como un milico, disciplinado, obediente, no hablaba casi nada. Raúl, en cambio, hablaba todo, muy chistoso, campechano. Y bueno, con el Flaco Alejandro fuimos a dar a la oficina esa que nos instalaron ellos para dirigir el Partido y la Juventud.

Te cuento una con Raúl. Un día me llevó a una casa de las que él atendía, por Camino Maldonado, casi llegando a Barros Blancos. Era un matrimonio joven con una nena chiquita. Di el informe político. Como siempre, terminé con aquello de que una luz puntual nos espera y las barras del día están próximas gracias a la lucha de nuestro pueblo. Como ya era muy tarde y no teníamos transporte para salir de allí, decidimos que nos quedaríamos a dormir y nos iríamos al amanecer.

—¿Qué hay para cenar? —fue mi pregunta inmediata.

—Lo único que teníamos era un huevo y se lo dimos a la nena para que se fuera a dormir —me dijo la compañera. Y el compañero, en silencio, miraba el piso.

Salimos con Raúl a comprar antes que cerraran los comercios de la zona. Llevamos buena pulpa de lomo, unas cervezas, papas, boniatos, zanahorias. Cocinamos una receta tipo restaurante de lujo. Creo que le matamos el hambre a aquellos compañeros por varios días.

Raúl era como mi perro fiel, hacía lo que yo le ordenara sin preguntar. Así se portó cuando le dije:

—Está todo cantado, saben todo, deciles todo lo que sabés.

Cumplió y sobrecumplió. No lo vi más, nos separaron. A él lo procesaron y se comió unos cuantos años de cárcel. Ahí parece que se confesó y volvió a portarse bien, tanto que cuando salió volvió a militar en su sindicato otra vez. Me hubiera gustado volver a verlo y conversar de todo lo que pasamos, porque, la verdad, pasamos muchas cosas juntos.

Es lo que siempre digo, si yo hubiera aceptado ser procesada y llevada al penal de Punta de Rieles, seguramente salía como una heroína. Pero no, se me ocurrió escaparme con mi oficial referente.

¿Podrás creer que no me acuerdo qué día fue? De la caída solo me acuerdo del mes, fue en octubre. Fueron tantas las vueltas que di y que me hicieron dar... la cabe-

za parecía una calesita. Me sigue dando vueltas ahora que te quiero contar. Me vienen los recuerdos como ráfagas y la mayor parte del tiempo no quiero acordarme de nada.

Porque eso del año 77 para mí no fue una caída, fue una encerrona. Yo acepté que me siguieran, llevar cola, como se decía en los cursos de clandestinaje, pero caer y estar con los ojos vendados y esposas en la espalda, eso fue en el 81 y en La Tablada.

Sí, sí, está claro, el oficial que me asignaron para los interrogatorios fue Ulises y después vivimos juntos quince años. Pero ¿quién conquistó a quién?, ¿quién le ganó a quién?

¿Vos decís que fui tres veces a la casa del Oreja entre setiembre de 1981 y enero de 1982, y que hablé con la mujer? ¿Que esas tres veces le dejé mensajes para el enlace y que le dejé dinero? ¿Que esas tres veces le pregunté por el marido sabiendo que estaba desaparecido?

No me acuerdo nada de eso. De lo único que estoy segura es de que le dije que se tenía que ir del país por su seguridad y yo misma me encargué de que dos compañeros la sacaran por la frontera para Brasil.

Después que cayó todo el núcleo de dirección del Partido y de la Juventud, los tipos querían la plata. Todo el tiempo preguntando por la plata. Querían saber el ca-

mino de los recursos, lo repetían a cada rato. Hasta que decidieron sacarme hasta Porto Alegre. Fue toda una movida muy interesante. Salí con documentos falsos que me dieron ellos. Todo por tierra, en ómnibus de pasajeros, fui siempre con una milica vestida igual que yo, hasta nos parecíamos.

El viaje lo estuvieron preparando varios días, bien planificado. Me advirtieron que iban dos milicos más, a quienes yo no conocía, que tenían la orden de tirar a matar si pretendía darme a la fuga y que los milicos brasileiros estaban al tanto de nuestros movimientos. Además, ellos se quedaron con la nena y con mi hermana; me amenazaban con que las harían desaparecer si yo hacía alguna locura.

Yo les había dicho que una de las vías por donde entraba el dinero para el funcionamiento era por Brasil. Estuvimos todo un día sentadas en la cafetería de la rodoviária mirando a la gente; por suerte, no apareció nadie conocido. El operativo fue un fracaso para ellos. Yo estuve bastante asustada porque a esa altura el Partido ya debía estar alertado de que algo raro estaba pasando conmigo y tuve miedo de caer en un fuego cruzado.

La única condición que puse fue que no pasáramos por Rivera, ahí solo por la forma de caminar me hubieran reconocido. Por el Chuy, les dije, y si no, no iba.

Pero vos querés que vuelva al año 77. Ahí fue todo más suave, era como un juego, yo les avisaba cuando tenía

algún contacto o alguna reunión y ellos me seguían discretamente. Después me enteré que iba un equipo con cámaras. En La Tablada me mostraron todas esas fotos, las habían hecho fotografías de Jefatura.

Y bueno, sí, en esa época empecé a facturar por dos lados, y como querían que entrara en los ambientes pequeñoburgueses me traían ropa de moda comprada en Buenos Aires. Ahí me hicieron la cirugía estética para quitarme la seña particular. ¿Viste cuando dicen «señas particulares, ninguna»?

Empecé a usar pantalones óxford, pata de elefante, zapatos con plataforma y a maquillarme fino. Lo único que no pude fue dejar de fumar. Ellos insistían, tenía que dejar porque esa era una característica muy mía y por ahí me sacaban, pero los convencí de que los nervios podían más y la ansiedad me llevaba a prender un pucho. Fumaba buen tabaco, eso sí.

Bien compartimentada y todo, siempre había alguno que sospechaba y no quería que yo lo atendiera. Me veían y era como si vieran al cuco, pegaban el esquinazo.

El uno a cinco, ¿te acordás? Yo atendía a cinco y, a su vez, era una de los cinco que atendía alguien que estaba más arriba. Bueno, yo agarraba para los costados todo el tiempo. Mi discurso para afuera siempre era bien duro: que el cuidado de la compartimentación y la reserva, cambiar siempre el recorrido diario, no acostumbrarse a

una rutina, la vigilancia revolucionaria en todos nuestros actos, ni el Partido ni la Juventud se exilian. Pero en la cortita, con mi barra, les decía la verdad, que estaba cagada de susto, que si caía no iba a aguantar, que iba a cantar todo.

¿Para qué te digo lo de la discreción?! En la cama se terminan todas las compartimentaciones. Me seguí viendo con el Flaco casi todo el tiempo, hasta que cayó en cana. Hubo algunos períodos en los que anduve con tres a la vez. El milico era fijo, venía la Momia, insoportable, sabía todo de todos, me hacía dos o tres preguntas para corroborar información anterior y para acordar el siguiente contacto, y dejaba al otro de ojos verdes, precioso, con las fotos que me habían sacado. Hablábamos un rato sobre los nombres de los que salían en las fotografías, grababa todo eso y después nos íbamos a la cama.

Claro, tenía tres casas mientras funcionó bien la cosa. Una para encontrarme con los milicos, otra en la que vivía con mi amor superclandestino, disciplinado, amoroso y otra donde me veía con el Flaco.

Siempre fui una luz para agarrar todo lo que escuchaba o leía. Todos me decían que hubiera podido estudiar cualquier carrera universitaria, pero no terminé el liceo. Una, porque empecé a militar a tiempo completo, te acordás cómo eran aquellos tiempos, las tareas te exigían y, si te entregabas en cuerpo y alma como hice yo y toda la barra, no tenías tiempo para estudiar. Más te digo, muchos

de los que eran tremendos estudiantes ni bien entraban a la militancia, abandonaban los estudios. Los compromisos eran así, los tomabas o los dejabas, pero si te comprometías, después no podías echar para atrás.

Dicen que no estábamos preparados para lo que nos cayó encima. Puede ser o no. El jefe hizo circular libritos que te contaban historias de otros lados, de héroes rojos de otros países que habían sabido vencer la máquina del enemigo. Y a nosotros acá, al principio, nos hicieron escuchar o leer testimonios de algunos que se habían comportado como aquellos héroes.

La tuve clarita desde el principio, aunque solamente lo supieron quienes me conocían desde siempre en la vida doméstica, porque para afuera seguí transmitiendo la certeza que venía en todos los informes del gran jefe: los bolches no cantábamos.



El Tejano

El Tejano llegó excitado a la casa del antiguo amigo y compañero de trabajo apodado el Manco, movía su pequeño cuerpo de un lado a otro, envuelto en sudor de enero subtropical. Gesticulaba todo el tiempo, subía y bajaba, giraba en todas direcciones.

Había escapado de su casa con la idea fija traída de los pelos desde el fondo de su historia. Una noticia, una crónica, un dato lo había movilizado y decidió en un segundo, como siempre que le ha tocado resolver estas cuestiones entre la vida y la muerte de su trayectoria... trayectoria al fin.

¿Qué decidió? Ir directo al grano. Se están cumpliendo aniversarios redondos. Al parecer, la psicología social indica que los cuarenta años son propicios para reconstruir algunos pasados colectivos. Casualidades de la biología; ocurrió con los españoles, los cuarenta años de la

guerra civil coincidieron con la muerte de Franco. También sucedió con el pueblo alemán, casi al final del siglo veinte, descubrieron los campos de concentración, los hornos, las cámaras de gas, los experimentos genéticos.

Aquí en Uruguay no íbamos a ser diferentes. Empezaron los viejos a recordar, a contar antiguas historias filtradas por una mirada con ojos estrábicos, siempre en la misma dirección épica. Así que vamos a decir las cosas como fueron. ¿Y cómo fueron?

Se proponía llevar adelante un homenaje a un viejo dirigente del Partido Comunista uruguayo, un aguerrido dirigente de los trabajadores de la lana, de esos que se hicieron de bien abajo, hombreando y estibando, metiendo pechera a los carneros en huelgas duras de aquellas en las que se pasaba hambre y eran muy poquitos los que aflojaban.

Iba y venía por todo el espacio a disposición como quien tiene un embuchado difícil de vomitar. Con insistencia se pasaba los dedos por el cabello renegrado. Él quería hacerle un homenaje al hombre, en su memoria, como agradecimiento, sobre todo a la familia, a los hijos.

—¡Me salvó la vida! —dijo de pronto y sin que nada indicara que sus palabras irían por ese lado dramático.

El Manco, que escuchaba en completo silencio, atento a cada palabra, pensó:

—¿Cómo que te salvó la vida? —Fue la pregunta que asaltó a quien escuchaba en completo silencio, atento a cada palabra. Pero frenó tamaña interrogante para medir por dónde se encaminaba el disertante angustiado.

El hombre aguerrido era un pesado de verdad, había puesto toda la carne en el asador. Sus hijos eran sus enlaces clandestinos y, de paso, los veía una vez por semana.

—Y uno, el mayor, me dijo si quería trabajar con ellos. Agarré enseguida. Cada vez había menos gente embarcándose en un viaje de esos, no había que tener familia ni compromisos sociales que distrajeran de la tarea; en mi caso, era la de correo.

Pesado era, efectivamente. Un hombre de grandes proporciones, siempre con el vaso en la mano dispuesto a convidar. Podríamos definirlo como un cacique sindical si no fuera porque en el Partido no había lugar para tales divismos y en su caso, además, tenía por delante a Freire, un histórico de verdad.

—En realidad, a Berto lo entregó el Lecherito.

Cuando dijo semejante apodo, abrió un mundo mágico de traiciones y entregas que habían empezado en octubre de 1978 en el FUSNA y que terminaron el 12 de marzo de 1979 en la calle Amézaga, detrás del Palacio Legislativo, cuando atraparon al Tigre Mayor.

—Yo estaba trabajando en el sindicato, era el encargado de atender el teléfono, de pasar todas las llamadas. Ta... después de eso me sacaron y me pusieron a cortar papelitos... y sí, fue por seguridad mía y de los demás. Antes de soltarme me ofrecieron trabajar para ellos, yo te lo conté entonces tal cual, no era broma.

—Me contaste muchas cosas más.

El Manco se animó a hablar por primera vez para ver si podía guiarlo hacia el tema por el cual, suponía, había llegado tan acelerado.

El parlanchín demostró que se había tomado el trabajo de rastrearlo, pues el oyente se había mudado muchas veces en el último año. Eran demasiadas razones para deducir, los motivos del parloteo debían ser muy poderosos, pues lo traían acuciado como si alguien lo viniera persiguiendo.

La idea del Tejano era la de homenajear a Berto, pero antes debía desenredar aquella madeja de medias verdades, medias mentiras, traiciones y ocultamientos.

—¡El Berto no entregó al Tigre! ¡Fue el Lecherito! Nosotros fuimos con el Berto para vigilar al Lecherito y ahí cayó el Tigre. El Berto no estaba preso, lo agarraron después, cuando subió al ómnibus, al momento de ponerse una boina que había empezado a usar para camuflarse y solamente lo sabía el Lecherito.

—Esperá un poquito, no te apures. Esto no me lo habías contado. ¿El Berto no estaba preso cuando cayó el Tigre? Pero ¿estuviste preso con el Berto y él te salvó la vida?

—Sí, sí. Eso es así. El Berto les propuso a los milicos que dejaran libres a sus hijos y a mí, y, como canje, él colaboraría con ellos.

—Ajá. Pero, además, te propusieron trabajar para ellos.

Después de aquellos días agitados de idas y vueltas con los fusileros navales metidos dentro de su sangre, la vida siguió y vino el tiempo de la democracia, del funcionamiento legal de los partidos políticos, incluso del partido de los comunistas. El clásico seccional 20 del Paso Molino creció tanto —crecieron tanto los comunistas en todo el Uruguay— que hubo la necesidad de dividirlo en dos seccionales para poder abarcar mejor toda la zona de La Teja y Pueblo Victoria, y dejarle el Paso Molino a la 20. Fue allí, en esa división de seccionales, donde este personaje sudado y nervioso, que ahora se pasea de un lado a otro como fiera recién enjaulada, ocupó la secretaría de Unidad Política.

De manera tangencial, aunque para nada inocente, sale el tema que revolotea desde hace varios días, los archivos Castiglioni con los datos de los infiltrados, manipulados, manipuladores, agentes, dobles agentes en las organizaciones sociales y políticas.

El moreno de cabellos más abundantes y renegridos que otros de su misma generación pega un salto y comienza, a los gritos, a elevar protestas.

—¡Están todos locos si les van a dar pelota a esos archivos! ¡Van a empezar con la caza de brujas! ¡Ahí adentro hay carne podrida!

A esa altura de la conversación —mejor dicho: de la tensa escucha—, no se sabía quién de los dos estaba más nervioso, angustiado, se los podría describir. Uno caminaba todo el tiempo, el otro, aparentemente impávido, era una estatua mojada por la llovizna, esas lloviznas intempestivas cercadas por el sol implacable. ¿Cómo podría estar sucediendo esto después de cuarenta años? ¿Qué maldición le estaría cayendo al oyente, testigo privilegiado de aquellas confesiones antiguas, incompletas, inconclusas, que ahora volvían como rayos en un cielo de verano?

—¡Me propusieron trabajar para ellos, pero nada más! ¡Todo quedó ahí! Me soltaron.

—Habías visto cómo caía en la redada el Tigre Mayor. Fuiste testigo junto al Berto. Y ahora me venís a proponer que le hagamos un homenaje de reconocimiento póstumo al Berto.

—Olvidate de eso, hacé de cuenta que no dije nada, estaba muy nervioso cuando llegué porque quería

hablar con vos.

Había seguido trabajando en el sindicato, incluso llegó a representarlo, se ganó la confianza de todos a base de mucha abnegación y obsecuencia. Se lo veía en cuanta actividad masiva hubiera. Cumplía con el trabajo rentado y luego se quedaba a sacar trabajos de prensa y propaganda. Fue un todoterreno: en el sindicato, en el Partido, en el barrio, en el comité del Frente. Él resolvía lo que le pidieran e incluso se ofrecía para hacer las actividades más difíciles y rebuscadas, esas que nadie quiere hacer o no tienen idea de cómo encararlas; él sí, las asumía con total desenvoltura y aplomo.

Con esa tranquilidad que le daba el reconocimiento de todos y luego de desahogarse con el amigo, se fue a sentar y le pidió un vaso de agua.

Durante muchísimos años se contactó, en forma aparentemente casual, cada semana, a la misma hora de la noche, con el oficial manipulador. Casi siempre el mismo, muy pocas veces lo cambiaron, y cuando eso sucedía se lo anunciaban con antelación. Informes muy concretos, concisos, grabados por el oficial en esos encuentros semanales. Después vendría la desgrabación que realizaba un cabo escribiente.

Los detalles y chimentos de todo lo que se movía en el seccional del Partido y en el zonal del MLN-Tupamaros eran completos. Las patentes de autos y motos. Las

discusiones internas sobre el debate de actualidad. Hasta lo que hablaban los pegatineros de esas dos agrupaciones políticas de la izquierda cuando se encontraban frente a frente delante de un muro y debían decidir quién pegaba. ¿Todo el muro o una parte para cada uno?

Ese ser pequeño, de pelo renegrado, nervioso e hiperactivo, cobraba, por esos informes puntuales, un viático mensual y, fundamental, ganaba la tranquilidad de su vida. Las puertas se le abrían sin cesar, los espacios públicos y privados se le presentaban como su patio. Mientras, por el servicio a la causa roja, logró un trabajo de por vida, con seguridad social.

Haciendo honor a su fama, no paraba de hablar, decidir e incidir sobre todo lo que tocaba y en cuanta reunión era invitado a participar. Como siempre, cumplía y sobrecumplía con muchas tareas, era valorado como uno de los imprescindibles.

Ahora, cuatro décadas después de los hechos que le torcieron el diminuto caminito de hormiga que había recorrido con las células rojas, se le habían terminado los viáticos que le traía el oficial manipulador a la plaza Lafone. Y el pobre había entrado en un túnel de tensiones indescriptibles. No podía contarle a nadie cuántas encrucijadas vivió y, sobre todo, referir desde cuándo comenzó tal cruce de caminos.

A los pocos que lo vieron salir de los Fusileros Navales les hizo una fantasía de relato, pero no les mintió cuando les describió el susto metido en la piel y en las pesadillas, mientras machacaba todo el tiempo: «Me porté mal, no estuvo nada bien».

La mayoría de las veces ocurría que quienes escuchaban esas palabras no se animaban a preguntar por temor a herir sensibilidades. Porque ya se había instalado la creencia de que era muy difícil vencer la tortura, y mucho más aún entre los que no habían pasado por ella, no se consideraban jueces de quienes sí la habían sufrido, tembleques, con el corazón a punto del infarto. Fue así que, después de un tiempo, dejó de contarlo y comenzó a meterse en su nueva máscara.

El alfeñique formó familia, transcurrió por la vida con aire señorial, hasta se podría afirmar que su paso era semejante al de un olímpico. La esposa lo conoció así y se acostumbró a no inquirir demasiado después de las primeras respuestas molestas: «Mi trabajo es este, pierdo mucho tiempo, pero siempre voy a traer buena platita».

Los hijos, adiestrados por la madre desde chiquitos, comenzaron a revelar en la adolescencia temprana, a sus amigos más íntimos, el papá es así, no se detiene nunca dos minutos a prestar atención a nada.

Su mirada tenía tanto de cansancio por las suciedades que había presenciado como también por la curiosidad

incentivada por las preguntas y tareas que le imponía semanalmente su manipulador.

La plaza Lafone se convirtió en testigo de aquellos encuentros furtivos, protegidos por un manto de impunidad de hierro y corbata. Aunque cada tanto lo trasladaban a una base, como le llamaban los del Servicio. Allí permanecían hasta dos horas y conversaban de manera más distendida.

La base servía para corroborar información. Era un apartamento con varias habitaciones, todas compartimentadas. Se trabajaba en un susurro. Los vecinos sospechaban que allí venían los muchachos misteriosos y no solo nunca se les ocurrió preguntar, sino que tampoco miraban a los rostros, siempre frontales, petulantes y soberbios.

Allí repasaban los datos más sobresalientes entregados por el alfeñique. En otra de las habitaciones mantenían atento a un pez más grande de la misma estructura partidaria. Este corroboraba cada uno de los datos que aportaba el pequeño gran espía.

El Servicio vigilaba hasta la misma sombra de sus manipuladores y fuentes. Era una rutina de chequeos y contrachequeos que no los agotaba, siempre que lo tomaran como un trabajo más, un servicio como cualquier otro.

¿Quién o quiénes leerían todos aquellos informes, chimentos sin fin aparente? No importaba, pagaban muy bien, eran generosos, nada de comprobantes ni de aportes al Banco de Previsión Social, ni de declaraciones juradas.

Leer, seguramente los leería algún Gran Hermano todopoderoso, omnisciente, un dios del Olimpo, Zeus, el más terrible y omnipotente. Él decidiría más tarde la suerte de vidas y haciendas, enviaría rayos y centellas sobre las humanas cabezas.

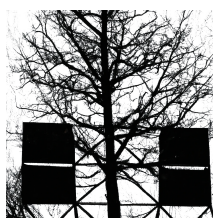
Alguna vez le entró un cosquilleo, como un cargo de conciencia por lo que estaba haciendo. Se quedó mirando a su alrededor. Tontos útiles que corrían de su trabajo mal remunerado a la reunión de agrupación; mujeres obstinadas, con sus crías, a pie cobrando la cotización del Partido a sus afiliados; jóvenes incrédulos haciendo de canillitas vendiendo el diario del Partido los domingos de La Teja.

Cuando no pudo más con tanto remordimiento, se lo confesó a su manipulador.

—Vos tenés que pensar que todos o casi todos de los que pasaron por la máquina cantaron. Y vos estás haciendo la tuya.

Con tan brutal lógica le alcanzó y le sobró para seguir agitando su vida. Vidas a contracara. Dos vidas. Una no tenía por qué saber lo que hacía la otra. Esta no debía

mirarse en el espejo de aquella. Y, muy importante, vital como el oxígeno, absoluta discreción con los hermanos del alma, como los llamaba él todo el tiempo, en público, en los correos, en presentaciones íntimas, ágapes, cumpleaños, casamientos, concentraciones, actos, asambleas. Hermanos del alma que eran como cristales transparentes, ingenuos, obstinados, idealistas, generosos, tercos, discutidores, siempre prontos para echar una mano en cuanto planchada saliera o para donar sangre en la campaña que fuera. Además, por si fuera poco, para su cometido camuflado, conversadores hasta la indiscreción a la hora de los mates, las copas, el tiempo muerto haciendo guardias en los locales.



Lima Zulu

La base Lima Zulu quedaba lejos del centro, había que andar bastante rato tirado en el piso de una camioneta, con venda, capucha, esposas y una bota pisando la cabeza. Después de la primera vez que gritaron ese nombre, se sabía que los trasladados demoraban unos días en volver.

Javier y Gerardo venían bien, llevaban veinte, treinta días portándose como se esperaba que lo hicieran. En realidad, para decirlo con propiedad y ajustado al orden cronológico de los hechos como sucedieron en esta tierra, todavía a esa altura de los acontecimientos se confiaba en las fibras íntimas que habitaban las camisas rojas de la revolución. Había existido algún que otro caso, pero no era la ley general, todavía se podía sacar pecho en las conversaciones reservadas, con más señas que palabras.

Venían bien los dos, eso era lo que se escuchaba en el

sótano y a través del ducto del ascensor cuando los subían o bajaban. Al Gordo lo mantenían amarrado a un fierro de aquel ascensor antiguo y podía escuchar todo lo que hablaban interrogadores e interrogados.

En la casa de Javier habían dejado una ratonera que se mantuvo por una semana. Hasta allí llegó Alberto vendiendo libros y de ese túnel del horror no salió hasta un año después de pasar por Maldonado, Prefectura, 300 Carlos, el Quinto de Artillería.

La Momia fue el vértice de los interrogatorios de los tres, quería de todas formas encontrar el vínculo entre ellos y no lo halló porque no se reconocieron y el vendedor de libros se aferró a la leyenda tan bien aprendida y juramentada en el silencio de su compromiso.

La cadena se había iniciado con un pedido de entrevista que le hizo Pepita a Gerardo. Se encontraron en un bar relativamente cerca de la casa de ella. Quería comunicarle sus fundadas sospechas sobre la voltereta que ella suponía habría dado su esposo.

—Lo noto muy raro, ha cambiado mucho desde que salió de Maldonado la última vez. No me quiere contar qué pasó allí adentro y por qué lo soltaron tan rápido.

Gerardo se dio cuenta tarde de que no debió aceptar ese contacto. No había terminado de preguntar «¿Y para qué me hiciste venir?» cuando ya los tenían rodeados unos

cuantos tipos de civil, con caras de muy malos.

Siempre que iba a un contacto a un bar, se fijaba que hubiera un teléfono cerca, y esa vez no fue la excepción, por eso pudo manotear el tubo, discar el número de su propia casa y pronunciar las palabras claves para que la compañera tomara las precauciones del caso: poner las señales de alerta con tal de que no llegara nadie desprevenido y abandonar el lugar urgentemente.

Pero siempre hay un perejil, Javier tenía que ir a reunirse con él aquel mismo día a esa casa. Llegó tarde como siempre, vio las señales y tozudamente creyó que podrían haberse olvidado de quitarlas... o vaya a saber qué, el asunto es que se mandó para adentro y lo encañonaron al traspasar la puerta.

Dos casas con ratoneras, dos compañeras a la clandestinidad más cerrada o al exilio, eso no lo sabrían hasta que les levantaran la incomunicación cuatro meses después.

Mientras tanto, volvían a Maldonado y Paraguay, «a engordar», les decía cada vez la Momia Alencastro. Los mantenían aislados del resto, los subían a la azotea encapuchados a tomar sol con dos guardias. Y todos los días, la Momia hacía su recorrida, se le sentaba al lado y conversaba como tío amable, sin dejar de mantener cierto tono inquisitivo.

Él quería saber lo que ellos sabían. Por el Charleta co-

no sabía cuál era la responsabilidad de Gerardo y suponía que Javier también era un pájaro que volaba por esos cielos de la estructura clandestina, pero pasaban los días y permanecían mudos. Sin embargo, creyó percibir cierto movimiento nervioso en sus manos cuando les preguntaba por sus mujeres: «¿Qué hacen?, ¿dónde están?».

Para Javier y Gerardo las horas y los días del «engorde» resultaban cada vez más pesados, aumentaba la ansiedad por lo que vendría después. Todo ese tiempo preguntándose qué otra crueldad sádica se les ocurriría a los comandados por la Momia. Picana, submarino, golpes resultaban hasta llevaderos. En Lima Zulú pasaron a colgarlos, con las manos atadas hacia atrás y los dedos de los pies apenas tocando el suelo, más picana y golpes con un rebenque. Y el silencio atronador.

Aquel era un lugar solitario en medio de la nada, al menos eso era lo que creían percibir, hasta que escucharon a lo lejos el paso de un tren y otra vez el silencio de todo lo que les había comenzado a circular por sus interiores pensantes. Aunque en Maldonado y Paraguay escucharan el bullicio de la ciudad, del barrio Sur, que cada tanto exhalaba sonidos de tambores, también la procesión les viajaba por dentro. En Lima Zulú tenían todo el tiempo del mundo en silencio para pensar, discurrir, darle vuelta a la situación apremiante en la que se encontraban, ¿desde hacía veinte días, veinticinco, treinta?

Hasta Lima Zulú siempre los acompañaba la Momia,

era el único que hablaba, el resto de la guardia, al parecer siempre era la misma, no emitía sonido y mantenía una rutina calcada. Los encerraban en piezas separadas, los llevaban al baño a cumplir con las necesidades urgentes, siempre de a uno, jamás se cruzaban ni escuchaban hablar al otro. En ese lugar, Abayubá Sentena de Alencastro se ponía más impertinente, manejaba otros métodos todo el tiempo, iba al grano, no se distraía.

—¿Con quién más funcionás vos? ¿Cuál era tu organismo de referencia? ¿A qué puerta corresponde cada una de estas llaves que te encontramos en el portafolio? —¡Y va rebencazo, y va picana!, mientras el cuerpo se bamboleaba allá arriba, colgado del techo con una roldana que subía y bajaba un guardia, a demanda de la Momia.

Un día a Javier le sacaron la capucha y lo pararon frente a Alberto. Esa vez los guardias y la Momia estuvieron encapuchados, con orificios en el lugar de los ojos.

—Este llegó a tu casa, dice que a vender libros. —Se oyó clarita la voz de Alencastro—. ¿Se conocen ustedes?

El silencio se prolongó tanto que llegó a ser incómodo. Entonces, volvió a la carga Abayubá Sentena.

—Nosotros descubrimos que en realidad el tal vendedor de libros es el amante de tu mujer.

Javier y Alberto permanecieron jugando un serio, ha-

ciendo un gran esfuerzo para que no se les moviera ni un músculo. Las pausas y los silencios parecían recursos de una pieza teatral ensayada, en otro lugar, y puesta en escena en la base Lima Zulú.

El nosotros que pronunciaba la Momia eran ellos, los captores, mientras para Javier y Gerardo el nosotros había quedado reducido a ellos, esas piltrafas humanas, babeantes y, además, incomunicados entre sí, ¿desde hacía veinte, treinta días?

Alencastro se había propuesto ensayar con estos tres — aves de alto vuelo según sospechaba por la información que había recogido tanto del Charleta como de Ricci— el manual que le enseñara el finado Mitrone. Por eso mismo se permitía utilizar las horas y los días que fueran necesarios. Estaban incomunicados, técnicamente bajo el régimen de las medidas prontas de seguridad, por lo que la trampa del habeas corpus no existía. Y, más aún, contaba con el estado de guerra interno, que habilitó a las fuerzas del orden a utilizar todos los recursos, humanos y materiales, de todas las Armas, para destruir al enemigo.

Aquella casa en Lezica era una muestra más de la coordinación que había comenzado a funcionar a pleno. La había expropiado la OCOA en la Operación Morgan, era una construcción ultrasecreta del Partido Comunista, una doble casa construida en el subsuelo de una residencia familiar con una entrada oculta a la cual podrían

ingresar solamente algunos y determinados dirigentes clandestinos. Era una construcción muy bien pensada desde el punto de vista arquitectónico, con un sistema de ventilación, disimulado a la vista del público, que permitía la existencia de la vida humana por largos períodos sin tener que emerger a la superficie.

Con Alberto no volvieron a verse más, ni allí en Lima Zulú ni en Maldonado, tampoco volverían a verse después de las mil quinientas vueltas que les haría dar la maquinaria montada por los muchachos de Castiglioni. Los caminos de la vida y de la muerte muchas veces son misteriosos.

La Momia llegó un día con la novedad de que habían encontrado, en la Dirección Nacional de Migración, la constancia de salida y entrada al país de los dos habitantes, circunstanciales e incómodos, de Lima Zulú.

—¿Así que viajaron juntos durante el año 1972? Estuvieron afuera del país casi todo el año según las fechas que aparecen acá en este documento de Migraciones.

Siguieron mudos, pero la cabeza les daba vueltas como el Gusano Loco. Ellos, los otros, el enemigo, querían impresionar como si supieran todo, querían convencer de que tenían todo el poder. Y, en realidad, en esas circunstancias sí lo tenían, eran los dueños absolutos, lo demostraban a cada segundo. Los mantenían allí desaparecidos, sus familias ignoraban su paradero, podrían matarlos y después inventar cualquier historia: que se

habían fugado, que se habían resistido con armas o, la clásica de los últimos tiempos, los requerirían públicamente en uno de los comunicados de las Fuerzas Conjuntas, a las ocho de la noche por radio y televisión con marchita militar incluida y les informarían a sus familias que habían cruzado la frontera.

Mientras tanto, afuera, el petiso Osvaldo evaluaba la situación. Ya habían pasado cuarenta días y no había ninguna señal de que Gerardo hubiese aflojado nada. Fue en esas circunstancias, precisamente, que decidió enviar a dos compañeros para que se quedaran en el apartamento de seguridad que nada más conocían Gerardo y él mismo.

—Quédense solamente de noche y siempre montando guardia, mantengan el camino despejado para huir sin dejar rastros.

Aquella era una casa muy importante, la habían alquilado a nombre de un compañero bancario totalmente legal con la exclusiva finalidad de realizar reuniones clandestinas de máxima seguridad. Por eso en la estructura interna solamente la conocían ellos dos. Las cosas no estaban nada fáciles como para andar quemando casas y compañeros; no eran sustituibles de la noche a la mañana.

Gerardo medía el paso de los días de acuerdo con el calendario del campeonato de fútbol profesional de primera división. También Javier era hincha de uno de los

dos cuadros grandes del Uruguay. Pero Gerardo superaba todos los parámetros del hincha promedio uruguayo: sabía de memoria el calendario de todo el campeonato, de las dos ruedas, quién era locatario, la tabla de posiciones, las formaciones completas de los equipos. Él decía y repetía a quien quisiera escuchar que los domingos son los días más aburridos del universo, salvados por el transcurrir de los partidos de fútbol.

Pues bien, las guardias rutinarias de ocho horas, tanto en Maldonado como en Lima Zulú, eran cumplidas por milicos rasos. Los jefes, y sobre todo la Momia, les tenían prohibido hablar con los detenidos. Les habían retirado las radios a pila para que no pudieran escuchar informativos, de esa manera los pichis no tendrían un canal de comunicación con lo que sucedía afuera. Sin embargo, les permitían escuchar los partidos de fútbol. Al fin y al cabo, eran todos uruguayos, aunque estuvieran en guerra, la tercera, según declaración magistral del presidente constitucional autogolpeado.

El campeonato de aquel año lo volvió a ganar Peñarol, que tenía como carta de triunfo al goleador histórico, Fernando Morena. Aquel fue el año anterior a que apareciera el Club Defensor del profe De León a romper la hegemonía de los grandes.

Gerardo manejaba con demostrable soltura todas esas informaciones futboleras, previas a la caída y completaba el relato radial con sus aportes en medio de una col-

gada, un submarino o una picana.

—¡Esperen, esperen! ¡Bájenme, que quiero decir algo!

Luego de bajarlo, muy ansiosos, le preguntaron: «¿Vas a hablar?».

—¿De quién fue el gol?

Tanto a Javier como a Gerardo les pasaba lo mismo cada vez que oían los alaridos del otro en las sesiones de la máquina infernal eterna: cada uno sufría más cuando escuchaba al compañero. Y, a su vez, de manera muy contradictoria, cada quien sentía alivio cuando lo dejaban y agarraban al otro.

De pronto comenzaron a oír gritos y llantos de mujer. No sabían si era una o más. Nunca supieron si eran gritos verdaderos o grabados. Los oyeron de manera permanente durante largos minutos.

—¡Ahí tenemos a tu mujer! —le dijeron a su turno—. Por culpa tuya está sufriendo y la van a violar estas bestias.

Cada uno reflexionó de manera diferente. Gerardo tenía la seguridad absoluta de que había logrado hablar con su compañera y tenía plena confianza de que hubiera realizado todos los pasos muy bien ensayados, pasaría a la clandestinidad más cerrada luego de comunicar lo sucedido con él a quien correspondía. En cambio, Javier cavi-

laba todo lo contrario, no había tenido tiempo de avisarle de su caída. Alberto había ido a su casa y se lo trajeron para que se vieran cara a cara. ¿Ella estaría atrapada en la ratonera en la que cayó Alberto? ¿Cómo saberlo?

Los guardias, que los espiaban todo el tiempo cuando los dejaban solos en las habitaciones-celdas despojadas de todo mobiliario, comenzaron a ver que Javier caminaba de un lado a otro y enseguida se lo comunicaron a la Momia Abayubá. Entre ellos lo nombraban así porque sabían que no le gustaba ni el apodo Momia ni el primer nombre. Se hacía llamar Sentena o Alencastro, seguramente para que lo confundieran con su hermano, que también revistaba en Jefatura, aunque con menor grado.

Encapuchado, desnudo y con las manos esposadas a la espalda, Javier caminaba de un lado a otro de la pieza como contando los pasos que había entre una pared y otra.

—¡Quiero hablar!

—Te estaba esperando. ¿Qué tenés para decir?

—Voy a decir dos o tres cosas nada más y espero que con esto paren la máquina.

—Acá los que ponemos las condiciones somos nosotros y ustedes obedecen. Largá lo que tenés para decir y después vemos.

—El viaje a Cuba y a Chile en 1972. Fuimos con Gerardo y un socialista. Allí hicimos trabajo voluntario en la construcción, visitamos lugares de interés, fábricas, escuelas. A la vuelta pasamos por Chile, donde había otra brigada más grande haciendo trabajos voluntarios con la juventud comunista de allá.

—Todo muy lindo, pero eso no me sirve. ¿Qué curso fueron a hacer en Cuba? ¿Quiénes eran los instructores?

—Fue un curso de formación política nada más. En la escuela de cuadros de la juventud comunista cubana. Y los instructores eran todos cubanos, pero con nombres falsos, y tampoco supimos dónde vivían.

Entonces Javier dio todos los nombres de los integrantes de la brigada juvenil comunista uruguaya en Chile, quiénes eran los responsables y los jefes.

—Cuando volvimos de ese viaje, me dijeron que debía retirarme de toda militancia pública anterior por un tiempo porque me iban a dar responsabilidades más arriba.

—¡Te dijeron! ¿Quién te dijo?

—El Tigre.

—¡Así que el Tigre pasó a ser tu papá! ¿Y dónde se reunían con el Tigre?

—En el estudio de unos abogados en Pocitos.

—Muy bien, ahora después me vas a decir bien esa dirección y cómo se llaman los abogados, los apodos que usaban. Ahora decime cuál es el vínculo orgánico entre vos y Gerardo, y qué pito toca Alberto en esto.

—Yo era el jefe de Gerardo, él era mi subordinado directo. De ese otro que me preguntás no sé nada.

—Claro, de Alberto no sabés nada porque es el amante de tu mujer.

Habían pasado los cuarenta días aguantando el chaparrón cuando Javier aflojó. Le trajeron a Gerardo para que lo oyera hablar. A través de las capuchas se escuchaban las respiraciones, los hipos, los sollozos. Ante cada nombre de un compañero que iba desgranando Javier, Gerardo movía la cabeza.

Cuando la Momia entendió que había logrado el efecto deseado en el ánimo de Gerardo, hizo que se lo llevaran para que meditara unos minutos. Al rato:

—¿Te vas a seguir haciendo matar o vas a colaborar con nosotros como Javier?

—Primero, reconozco lo que él dijo sobre el viaje que hicimos juntos a Cuba y Chile. Después, les tiro alguna información y me dejan tranquilo o empiezan de vuelta

con la máquina. No pienso decir más que dos o tres cosas porque yo no soy colaborador de ustedes.

—¡Dejate de pavadas a esta altura de los acontecimientos! ¿Cuál era la casa para el funcionamiento clandestino? Quiero estructuras, el aparato de organización. ¡Y apurate que estoy cada vez más nervioso!

Aquel apartamento de seguridad al que el petiso Osvaldo le daba tanta importancia por lo estratégico y costoso de su operativa fue entregado por Gerardo. Una noche, después de que Gerardo aflojó, los dos compañeros que habían comenzado a quedarse fueron despertados por el timbre, se asomaron por el balcón y vieron una patota armada allá abajo. No dudaron y, como tenían planificado, huyeron por las azoteas con total éxito. Pero la casa se perdió, dieron con el contrato de alquiler. Hubo que sacar a ese compañero para el Brasil, perdió su trabajo y allá quedó desterrado hasta el final de la dictadura.

El castillo de naipes comenzaba a desmoronarse, las piezas del dominó comenzaban a caer una tras otra, la Momia podía sentirse satisfecho con el deber cumplido, hasta podría haber esbozado una sonrisa si es que fuera una de las características de su personalidad, que no lo es.

—Bueno, pibes, ahora que comenzaron a soltar la lengua, van a seguir engordando, ustedes son una mina de oro para nosotros.

Esas fueron sus últimas palabras antes de pasarlos a la justicia militar.

Pero antes de esas palabras de la Momia, a Javier le comenzaron a ocurrir fenómenos extraños, vómitos intempestivos, diarreas descomunales, llantos de niño incomprendido y un puñado de ideas que le partían la cabeza como relámpagos.

Le tuvieron que cambiar la capucha porque ni los milicos aguantaron el fuerte olor ácido del vómito reseco, lo dejaron bañarse por primera vez y ni así pudo dormir, las pesadillas ganaban.



El Sellado y el Perro

Su trabajo era de canastero del gimnasio. Había desembarcado hacía pocos meses con todas sus pertenencias a vivir de agregado en la sede sindical.

Aquella sede era el lugar desde donde se irradiaban ciertos aires de libertad en medio del terror de Estado, que se venía instalando hacía dos años, y facilitaba el refugio de algunos militantes de la organización juvenil comunista, y del Partido también.

El Sellado había sido un militante a tiempo completo durante la campaña electoral de 1971. Luego del golpe de Estado y del repliegue de la organización, el padre, anciano, conservador, amigo de la policía del barrio, lo puso en la disyuntiva: o se conseguía un trabajo y comenzaba a colaborar en la economía familiar o debía juntar sus cosas en un mono y marcharse.

Justo en ese momento, había sido degradado en la organización clandestina, transferido de jefe a ayudante del Perro, el nuevo jefe. A esta altura tenía veinte años y conocía todo y a todos. Hablaba con el mundo, se enteraba de todas sus aflicciones. Se reía de la tan seria y rígida compartimentación, ahora al Perro debía decirle Fernando, y así con todos con quienes había andado de pegatinas, pintadas, volanteadas.

En agosto de ese 1975, el Ingeniero, quien había tomado el timón del barco desde hacía un año, había lanzado la temible y desafiante frase: «La dictadura será larga y el camino de recuperación de la democracia será difícil».

Hasta el momento en el que salió impresa esa frase lapidaria del Ingeniero, los sueños y esperanzas de aquellos adolescentes eran conducidos por novelas rojas de comités regionales clandestinos, resistiendo y venciendo en una épica entonada por canciones de la guerra civil española. Aunque nadie se explicara, lógica y racionalmente, por qué aquella derrota ibérica se convertía en victorias en las voces de estos imberbes de puño levantado cuando los «tiranos temblad» del himno nacional.

El asunto fue que la prédica novedosa del Ingeniero llegó tarde a los entendimientos y las costumbres de aquella joven guardia, que en su mayoría dependía de sus padres en cuestiones de techos, comidas y vestimentas. Muchos de esos adultos permanecían paralizados por el miedo a la palabra tortura que les llegaba desde

distintos rincones, siempre con los mismos colores del terror y el pánico.

La tortura había venido para quedarse instalada entre los uruguayos. Estaba presente hasta cuando no se hablaba de ella. Se la nombraba con eufemismos. La tropa se ufanaba entre dientes: «Acá todos cantan», o cuando caía un subversivo o pichi que se negaba a hablar, enseñada lo amenazaban con los cuarteles del ejército «porque ahí sí vas a cantar todo».

La tortura venía a ser como la guillotina en la Revolución francesa. Aquella revolución de la burguesía cuando llegó a París con la guillotina. Así, la primera cabeza en rodar al caer la hoja fue la del rey Luis XVI, luego siguieron rodando otras de la aristocracia y de los enemigos del Nuevo Régimen.

La nueva clase social se había adueñado de las grandes ciudades y estos ya eran considerados los señores de la ciudad; tenían el dinero porque eran los dueños de lo que se producía y consumía. Dueños de los barcos y los bancos, propietarios de los talleres, las panaderías y las textiles. Les faltaban los títulos nobiliarios y la propiedad de las tierras.

Como no podía ser de otra manera, una parte de la Iglesia se apartó del apoyo al Antiguo Régimen e hizo causa común con esta nueva clase social pujante y emprendedora. El cisma y Copérnico ayudaron en esa dirección.

Atrás habían quedado las cenizas de Giordano Bruno y el cagazo de Galileo Galilei cuando le mostraron las herramientas de la Santa Inquisición.

La tortura y la guillotina tuvieron en común la consecuencia de su aplicación: el terror. Simple y sencillo. El terror que provoca el aflojamiento de los esfínteres en adultos, jóvenes, viejos, damas y caballeros. La palabra tortura prolonga en el tiempo el silencio y el pavor. La complicidad en el dolor: yo no sé qué hubiera hecho, cómo me hubiera comportado ante el sufrimiento. O el más cruel de los deslindes: a mí no me tocó nada de eso y a otros sí, por algo habrá sido.

La guillotina se utilizó para instalar un nuevo régimen. La tortura se instaló para consolidarlo, para defenderlo, protegerlo, servirse de él.

Don González Esteño creyó que estaba realizando una colaboración grandiosa a los sagrados intereses de semejante cruzada nacional y patriótica el día que se levantó dispuesto a terminar él solito con el comunismo internacional en su hogar. Fue hasta la seccional del barrio y convenció al comisario bonachón de que en su propia casa había un nido de comunistas. Pero, antes, había convencido a su señora esposa, doña Julia Helvecia, y a la anciana suegra, doña Carmen Tomasa, porque quienes debían ser puestos en vereda para que abandonaran las locas ideas foráneas del marxismo internacional eran, ni más ni menos, que los dos nietos de

doña Carmen, hijos de Julia Helvecia... y suyos también, don González, faltaba más.

Ya estaba cansado, yo, señor, Juan González Esteño, oriental, casado, sesenta y siete años, a sus órdenes, mi cabo, podrido de bronca y odio de mantener una casa y darles de comer a dos sujetos al servicio de los enemigos de la patria.

El comisario decidió realizar una inspección de rutina, allanamiento de domicilio sin necesidad de orden judicial, con el beneplácito del dueño de casa. La partida policial se encontró con abundante material impreso del comunismo criollo escondido debajo de unas tablas del piso del comedor. Por supuesto, la sagacidad de la pesquisa no se debió al olfato dormido de los policías, molestos porque les habían arruinado el mate mañanero, sino al ojo avisgado de don González Esteño.

El primero en ser conducido a la seccional fue el hermano menor del Sellado, que comenzó a hablar como un loro: que él no tenía trabajo, pero que el otro sí, estaba ahora mismo como canastero en el club social y deportivo de los bancarios, que él los podía llevar hasta allí, total, podían ir a pie pues estaba en el barrio; más los nombres y las direcciones de los amigos y compañeros con los que hacían volanteadas y pintadas.

Fue recién entonces que el comisario bonachón se dio cuenta de que le podía sacar rédito a la colaboración de

don González Esteño y decidió comunicarse directamente con el jefazo de Inteligencia, don Víctor Castiglioni.

Don Víctor decidió pasarlo a una investigación de rutina y designó al comisario jefe Raúl Benítez Cachez y al subcomisario Luciano Piñatares. El jefazo estaba demasiado ocupado con la guerra relámpago que habían desatado todas las fuerzas contra los aparatos centrales del Partido Comunista y ahí sí estaban cayendo los peces gordos. Además, tenía dos cartas en la manga con las que venía trabajando desde hacía unas cuantas semanas, Ariel Ricci y Jorge Gundelzoph, quienes le estaban cargando la computadora a Alencastro.

El Sellado y su hermano cayeron como un imprevisto inoportuno a Benítez, Piñatares y, subsidiariamente, a otro de los ahijados de don Víctor, el Cacho Bronzini. Sin embargo, se pusieron a trabajar, porque había que hacer méritos para seguir en carrera. Al que se queda quieto lo pasa por arriba la ola, repetía el Cacho a los subalternos, que eran todos los policías que marcaban tarjeta en Maldonado y Paraguay, pues ser recomendado de don Víctor lo hacía superior a todos en los hechos.

Enseguida se armó el zafarrancho de combate en Maldonado y Paraguay, en el mismo local donde funcionó una vieja tintorería, allí frente al L'Avenir, el gimnasio al que venía a hacer guantes el expresidente oriental Pacheco Areco. En una pieza, el tacho lleno de agua para el submarino, en otra, los artefactos para la

picana. Estaban cortos de capuchas, así que uno de los funcionarios, que tenía un pariente trabajando en la lavandería de un hospital, consiguió unas botas de bloc operatorio; la tela verde rústica era especial pues no dejaba pasar ni un hilo de luz.

Al Sellado solamente le tuvieron que hacer un paseo de reconocimiento por todo el material instalado para que enseguida se ofreciera a ayudar en lo que fuera.

—Yo ya no soy el jefe, fui suplantado por el Perro. Los llevo hasta la casa cuando ustedes quieran.

Enseguida se montaron en un Volkswagen operativo, seguidos por una camioneta Ford con personal suficiente armado con metralletas Uzi. Eran las diez de la noche, mucho mejor porque el barrio estaba tranquilo. No precisaban orden de allanamiento.

—Lo vamos a llevar por unas averiguaciones y en unas horas lo tienen de vuelta. —Fue lo que les dijeron a los padres luego de revisar todas las pertenencias del muchacho y encontrarle material subversivo con el que bastaba para comprometerlo y que no se hiciera el yo no fui.

El Perro tenía diecisiete años, pero su seriedad, por la que se había ganado el apodo, y su responsabilidad para todas las tareas que le asignaban en la organización le habían merecido la promoción a uno de los cargos más altos en la estructura regional de los jóvenes comunistas.

No lo dejaron ver al Sellado hasta que llegaron a destino. Puestos frente a frente, los dos sin capucha, en medio de la pieza con el tacho lleno de agua y rodeados de las bestias sedientas, el comienzo fue muy sencillo.

—Yo estoy colaborando, los llevé hasta tu casa, les di todos los nombres que conozco y que recuerdo. Lo mejor para vos y para que no te rompan todo es hacer lo mismo. Les dije que tu nuevo nombre es Fernando por la compartimentación de la clandestinidad y que vos sos el que conoce las direcciones de todos los muchachos a los que hay que ir a buscar.

El Perro no dudó, pidió papel y lápiz y garabateó, con la mano temblorosa al principio, los nombres y las direcciones. Eran tantos que Benítez y Piñatares se miraban pensando, seguramente, «¿dónde los vamos a meter?». Uno de ellos salió para comunicarse con Castiglioni, quien dio la directiva a los demás departamentos para que pusieran todas las capacidades locativas a las órdenes de este operativo. Palomitas Blancas le llamaron en la jerga interna.

Volvieron a preparar la comitiva para salir a la caza de las palomitas. Al Perro lo llevaban en el Volkswagen, chofer, acompañante y él atrás con el comisario Benítez, que era el encargado de dar las órdenes de cada operación a través de un walkie-talkie.

Los primeros que pusieron en la mira no tenían direc-

ción conocida pues habían pasado a la clandestinidad mucho antes, y al final se les escaparon, por lo cual fueron requeridos por televisión en uno de esos comunicados de las ocho de la noche. El Juanjo, Gustavo, Alba, el Willi, los hermanos turcos zafaron.

Los siguientes fueron el Rata y el Lelo. El Perro sabía cómo llegar a sus casas, aunque no estaba seguro de que estuvieran. No estaban. Cayeron a los veinte días cuando dieron resultado el rastrillaje, las pinzas con inspectores de tránsito y Fuerzas Conjuntas -policías y soldados- revisaban todo vehículo sospechoso o aleatoriamente; más el colocar en distintos puntos de la ciudad, en zonas de mayor circulación de personas, a quienes los conocían de antes, Ariel Ricci y el Charleta.

En cada domicilio que allanaban iban dejando una ratonera por si caía alguno. Siguieron en la noche, hasta la madrugada, recorriendo nidos de palomas. Así fueron cayendo María, Ramiro, Carlos, la Charito —una gurisa de quince años con su novio, Bebe—, el Mama y Margot —encargada de finanzas de no sé qué—. Así fueron atrapados en las redes del Perro Fernando, Joaquín, Andrés, Ernesto, Iris.

«También tiene responsabilidades en la organización Jorge Gundelzoph», le insistía el Perro al comisario Benítez. En esas primeras de cambio los funcionarios de la Dirección de Inteligencia, al oír mencionar al Charleta, permanecían muy serios y compuestos, más

tarde comenzarían a llamarlo boleto de ida y vuelta.

Aquellas madrugadas del cuatro y cinco de noviembre de 1975 casi ninguno de los integrantes del Departamento 5 pudo dormir, se empastillaron y siguieron de largo. La Charito, un encanto de gurisa, reclutadora tenaz de cuantas compañeras y compañeros inquietos y rebeldes anduvieran en la vuelta del liceo, aflojó enseguida cuando llegó encapuchada a Maldonado y la metieron adentro de la pieza donde estaba el tacho, y allí mismo tenían al Mama dando explicaciones de todas sus actividades.

Así fue que la Charito trajo a la gurisada de catorce y quince años, de la mano y corriendo por la vereda. Iris, Anita, Eduardo, Raúl, Gonzalo, Rita, Alberto, Julián, Beatriz. Y sus contactos para arriba eran, además del Perro, el Mama y Tita.

Ahí apareció don Víctor Castiglioni sobándose las manos, pensando a mil por hora, loco de contento con tantos gurises tiernos. Lo primero, no debía distraerse con su vicio de violarlos porque perdería tiempo para lo más importante, ganarle la cuereada al viejo general Cristi en la lucha contra la subversión marxista.

Agarró del brazo al comisario Benítez y se encerraron en su oficina con el Perro.

—Usted que está colaborando con nosotros... —comenzó de una manera muy respetuosa para entrar en

tema— puede ayudarnos a detener esta guerra entre orientales totalmente innecesaria, ya vio que la tenemos ganada, que ustedes ni se defienden, queremos saber quiénes son los que están por arriba de ustedes.

El Perro respiró aliviado, eso lo sabía con los ojos cerrados.

—Mi jefe es el Juanjo, es el único con el que me reúno, pero él me ha comentado algunas veces que se va a reunir con el Tigre, y yo supongo que es el Tigre Mayor.

¡Ahí está!, pensó don Víctor, los verdes con su OCOA se entretienen agarrando a los viejos y nosotros tenemos los renuevos. De esta operación, aparentemente tan inocente, vamos a pasar en limpio y sabremos qué le va quedando libre a los comunistas.

Mientras tanto, Piñatares seguía trabajando con el Mama y Charito, a los que les seguían saliendo nombres, apellidos, apodos y responsabilidades dentro de la organización.

Todos venían nombrando a un tal Pedro como uno de los jefes y resultó que hacía días lo tenían en el Departamento 2, lo habían agarrado en una pinza de casualidad, totalmente embagayado con varios carnés del Partido y de la Juventud y con periódicos clandestinos.

Pedro era de los duros, según Ricci y el Charleta, y lo confirmó en la máquina. Pero, con la fiesta de palomitas que se estaba dando don Víctor, no le importó mucho,

total, con las veinte declaraciones que lo acusaban alcanzaba para darle con todo el artículo 60 de la ley 14.068, que permitía condenar civiles desde dos a dieciocho años de cárcel. Ley que aprobara el Parlamento democrático.

La última pregunta de rutina para cerrar cada una de las actas de interrogatorio: «¿Cómo pensaban tomar el poder?». Los interrogados se despachaban con ingenuidades de colores. Iban a tratar de juntar voluntades, civiles y militares, de todos los partidos políticos, para que llamaran a la conformación de un nuevo gobierno que restableciera el viejo orden. Y no faltó algún escribiente que le repreguntó cómo iba a ser ese llamado, la respuesta cándida no se hizo esperar: juntándolos a todos en la plaza Independencia.

El asunto más importante que la justicia militar necesitaba para procesarlos era que conformaban una organización subversiva, tenían apodos, estaban compartimentados y pretendían tomar el poder. A los jueces, coroneles Silva Ledesma y Libio Camps, les alcanzaba, eran muy puntillosos y cumplidores con aquella ley 14.068 en la que tanto habían trabajado, sobre todo, para conseguir los votos necesarios para su aprobación.

En dos días tuvieron el organigrama completo, con todos los nombres rellenando los casilleros. Entre el Perro, Bebe, el Mama, Ramiro y María, cada uno con tiza y borrador, lo fueron diagramando en un gran pizarrón que hizo colocar el comisario Benítez en su oficina. Parecía

un árbol genealógico.

A las setenta y dos horas recibieron la orden de arriba de liberar a los nueve gurises de catorce años. Los padres, tíos, abuelos y hasta madrinas se turnaban, parados en la vereda, unas veces llegaban hasta el mostrador a dejarles comida, refrescos y cigarrillos para los que fumaban, pero la mayor parte del tiempo quedaban allí afuera mirando para adentro.

Se quedaron con los veinte mayores, más los seis casi mayores porque tenían demasiadas responsabilidades, todos encapuchados, con sus declaraciones prontas, incomunicados mientras no pasaran al juez militar, a la espera de terminar de cerrar las actas. Porque demoraron veinte días más en caer el Rata y el Lelo, dos de los jefes junto al Perro, Pedro y María. Era prácticamente un hecho que los demás, con Juanjo a la cabeza, habían cruzado la frontera.

Mientras las parejas de tiras recorrían los lugares más concurridos de la ciudad en compañía del Charleta y de Ricci, tratando de capturar a los que faltaban, las guardias debían vigilar que se cumpliera la incomunicación entre los encapuchados para que no cambiaran las declaraciones o se fueran a arrepentir de todo lo que habían dicho.

Benítez y Piñatares hicieron excepciones con aquellos que habían colaborado eficientemente. Les mantuvieron

la incomunicación, pero permitieron que Bebe y Charito se escribieran esquelas de amor. A los milicos rasos les molestaba muchísimo tener que andar de mensajeros de guachos, pichis y pitucos, para colmo, porque los superiores se lo ordenaban. La bronca la manifestaban con la bombilla del mate, ¡la puta que lo parió!, cuando debían pasarlo de mano para levantarse una y otra vez y llevar y traer aquellos papelitos enamorados.

Al final, después de muchos días de agotadoras pesquissas de los sabuesos detrás de las palomitas, dieron con el Rata y el Lelo, los dos supersubversivos que les faltaban, sin contar los que se les habían hecho humo detrás de la frontera.

El jefe tampoco había permitido que el Sellado estuviera sin capucha mientras no pasaran todos a la justicia militar. Pero, a cambio, él había conseguido que lo tuvieran apartado del resto y hablaba todo el día con el guardia. A decir verdad, los tenía podridos con tanto parloteo, aunque un sabueso, inquieto y curioso, puso atención a un dato. Había escuchado al Rata contar que, una de las veces que lo habían andado buscando, se había escondido en la casa de Iván y Clara, un matrimonio.

El guardia, deseoso de ascenso y reconocimiento, sobre todo de aumento de sueldo, puso atención y le siguió el hilo. El Sellado no escatimó detalles, era un matrimonio de recién casados, muy jóvenes, no pertenecían a la organización, pero eran muy amigos del Rata. Y, funda-

mental, él sabía dónde quedaba su casa.

Así apresaron a Iván y a Clara, quienes no tuvieron ningún problema en reconocer que, efectivamente, habían alojado al Rata en su casa pues el susodicho les habría manifestado que se había peleado con su señora madre. Asistencia a la asociación subversiva, artículo 60 (VI) de la ley 14.068, Benítez estaba hecho un experto y repetía de memoria para sus cavilaciones internas.

Las dos piezas del rompecabezas de aquella organización, célula de células, como les había pretendido enseñar la Momia Alencastro, llegaron entregados con los pies y las manos atadas, tenían no menos de veinte actas acusatorias que los condenaban antes de empezar cualquier interrogatorio.

Había que hacer el intento de que, en principio, reconocieran los hechos, es decir, los cargos y las responsabilidades dentro de la organización subversiva marxista internacional. Hay que decirlo, fueron duros, hubo que emplear toda la maquinaria. Palo y palo, picana, submarino, rigor extremo, apremios de los verdaderos.

El Rata era una sola llaga de un lado, y del otro, un solo moretón. Insultaban, daban alaridos y las radios reventaban de música, Aquí está su disco. Hasta que hubo una escena clave que desató el nudo, los pararon frente al pizarrón con el organigrama completito. De ellos dependía, estaba todo cantado, los seguirían rompiendo

hasta el final de los días; tiempo, paciencia y poder sobraban del lado de los muchachos del Departamento 5, lo único que tenían que hacer era firmar el acta.

El Lelo no quería, pero el Rata lo convenció. Firmaron. En realidad, le colocaron el moño al paquete. Asociación subversiva, artículo 60 (V), y atentado contra la Constitución en el grado de conspiración seguida de actos preparatorios, artículo 60 (I), inciso 6.º, remitido al 60 (XII) de la ley 14.068. Dieciocho años de penitenciaría.

Veinte mayores procesados por el artículo 60, reclusos en el penal de Libertad los varones y en el Carlos Nery las mujeres. Cinco menores, con el Perro a la cabeza, a las dependencias del Consejo del Niño. Y al final de la condena, les cobrarían treinta y cinco nuevos pesos uruguayos por día, por el alojamiento, y si no tenían para pagar, les embargarían los bienes.

La suerte del Sellado fue bien diferente, deambuló por el sexto piso de Jefatura, aislado del resto. Lo insultaban a través de las rejas y le gritaban en los recreos. Podría haber pedido trabajo con sus captores, a fin de cuentas, su colaboración había resultado decisiva para el eficaz operativo Palomitas Blancas. Podría haber seguido el mismo camino que el Charleta o que Ricci, pero era alguien que había nacido con mucha mala suerte, no tuvo a nadie que se preocupara por él, ningún pariente militar, ni siquiera conocido.

Nunca recibió visitas. Al principio, cuando estaban todos incomunicados y la noticia de su delación no se conocía, el sindicato le llevó comida y hasta colchoneta, almohada y una frazada. Pero de la familia, ni el saludo lejano.

Después de unos cuantos meses de retención por medidas prontas de seguridad, decidieron ponerlo en libertad. Ahí se le complicó nuevamente porque no tenía a dónde ir. Caídos en la desgracia de estar en ese limbo entre la calle y el penal había bastantes presos políticos, unos cuantos, de otras organizaciones, pero también algunos viejos comunistas periféricos. El plantel se había renovado y la historia oscura del Sellado se había convertido en la de «un pobre botija desgraciado».

Todo aquel plantel decidió hacer una colecta para que el Sellado pudiera salir a la libertad y tuviera para pagarse una pensión, aunque fuera durante la primera semana y después vería él cómo se las arreglaba.



Mario, la Bruja, el Tape

La madrugada del 18 para el 19 de setiembre, llegó, ciego, a un lugar desconocido. Por las señales que le enviaban sus pies y los sonidos, descubrió que era una escalera de tres peldaños y luego piso y paredes de madera.

En aquel lugar había más encapuchados de pie contra las paredes, en penitencia. Lo dejaron así, igual que a los otros. Pasaron tres días antes de que lo interrogaran, no sabían quién era ni él sabía quiénes eran los otros que estaban allí. Durante ese tiempo fue escuchando todo lo que sucedía alrededor, los iban llevando de a uno a un lugar desde donde se oían golpes, gritos, preguntas, algunas respuestas airadas.

Sus captores habían llegado pasadas las doce de la noche, eran civiles armados, lo agarraron durmiendo, esa es la verdad más triste. Estaba en esa casa desde hacía dos meses largos, lo habían llevado para esconderlo por

un tiempo hasta que lo pudieran sacar del país. En el camino había perdido desde su nombre y apellido hasta la ciudad donde nació y vivió sus diecisiete años. Había dejado todos sus afectos, padres, hermanas, novia y hasta el apodo con el que se había encariñado.

Los dueños de la casa de acogida lo conocieron siempre como Mario. La diferencia de edad y experiencia hizo que nunca hablaran de manera directa sobre su destino, de todos esos detalles se encargó la organización. Así fue como, un día, el hombre mayor de la casa le pudo pedir que permaneciera encerrado en su cuarto, ubicado en un altillo, unas cuantas horas hasta que le diera el aviso para salir.

Había tratado de cumplir con algunas normas del clandestinaje, una de ellas consistía en no hacer preguntas que no correspondiera. Ese día no preguntó y ahí estuvo el error. Por lo que había sucedido ese día, cayó la patota armada a revisar todo y a llevarse al dueño de casa y a Mario.

A los tres días supieron que no se llamaba Mario y que no era de esos pagos. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Cómo había llegado? De la capucha y el plantón pasó a los interrogatorios. A diferencia de lo que había sido la máquina en el cuartel de su pueblo, en ese lugar solamente fueron golpes, palizas, plantones, capucha, pero no hubo ni picana ni submarino.

El recinto en el que estaban era demasiado pequeño pa-

ra la cantidad de encapuchados. Entre una golpiza y otra, plantón. De a poco, levantaba la capucha y hablaba con los desconocidos. Así fue que supo que estaban en unos vagones de la policía de la ciudad de Canelones.

La historia mínima de esa legión de encapuchados en aquellos vagones comenzó con una pelea entre vecinas de un barrio. Una de ellas insultó o golpeó a otra. Denuncia policial, la denunciada se defendió: «¡Qué me vienen a meter presa a mí mientras esta otra tiene un hijo comunista que hasta hace reuniones en su casa!».

Los policías, siempre alertas ante el peligro del comunismo internacional, dejaron de lado a las vecinas conventilleras y se llevaron al hijo subversivo. El muchacho, estudiante universitario de Agronomía, resultó ser un gran conversador. Contó todo en un ratito. Y todo era muy poco, la nada misma, solamente la mentada reunión en la casa del Camino del Andalúz donde se escondía Mario. El vagón de ferrocarril se llenó con los participantes de aquella reunión, más el dueño de casa y Mario de yapa.

El Inspector Mayor —con sus brazos ejecutores—, el Gordo y el Mono —con fama de exboxeador y de integrar el grupo OCOA del cuartel de San Ramón— comandaron las acciones para desarticular aquella célula comunista, a la que los subversivos le llamaban Círculo Pablo Neruda.

Mario se fue enterando de a poco de los nombres y los alias de los represores. Recién muchos años después se enteró de que la casa donde lo habían escondido quedaba en el Camino del Andalúz. Todo lo que sabía era que estaba muchísimo más cerca del centro de Montevideo que su pueblo.

La confianza entre encapuchados se iba produciendo cada vez que autorizaban a hacer uso del mingitorio portátil, una lata de aceite de veinte litros, o que permitían tomar algo de los alimentos y bebidas que les llevaban las familias. Mario comenzaba a ser un beneficiario de la muda solidaridad entre presos en la misma desgracia. Ese pase de manos, tanto de la lata como de los alimentos, fue creando las capas humanas en medio de los gritos, los golpes, la música de Aquí está su disco. El asunto fue que el Gordo, de un lado, y el Mono, del otro, querían saber cómo había llegado hasta allí. Y en determinado momento, comenzaron a decir el nombre y el apellido de quien lo había llevado hasta la casa del viejo Pancho.

Una noche, cuando ya estaba todo el pescado vendido y el único que permanecía de plantón era Mario, lo llevaron hasta la oficina del Inspector Mayor. No hubo necesidad de presentaciones, le sacaron la capucha y allí estaban todos a cara descubierta: los interrogadores de civil y el viejo Pancho.

Era evidente que habían montado una escenografía per-

fecta con libreto aprendido en las últimas horas. Todos sentados cómodamente en sillas, Mario incluido, le pidieron al viejo que dijera su parte.

—Los señores ya saben todo, conviene que les respondas lo que te preguntan. En Argelia pasó lo mismo, los negritos se hacían matar, aparecían colgados de los postes de la luz y después pasó lo que pasó. Lo mejor para todos es que no te hagas matar.

La escena posterior fue una sola. Mario que dijo no saber nada de nada ni por qué lo tenían allí y los monos que se le abalanzaron a golpes.

Cuando repasó aquellas palabras, «en Argelia los negritos aparecían colgando de los postes de la luz», recordó otras del mismo viejo una noche de aquel largo invierno, «mis hijos tuvieron un amigo negro como vos», con ellas había descubierto su color de piel. Pero entonces fueron pronunciadas por un protector, las de ahora, en los vagones, las había escupido un viejo quebrado.

A aquella patota le preocupaba cerrar un acta. Así fue como, una mañana, lo volvieron a llevar a la misma oficina, donde habían dispuesto un escribiente para tomarle declaración. Como toda ella se redujo a «no tengo nada que decir», trajeron a un par de testigos de la calle para que firmaran junto a Mario, de otra manera sería imposible de justificar semejante declaratoria, «no tengo nada que decir», ante la sucesiva cadena burocrática que

continuaría el expediente.

Con todas las actas cerradas, un día de finales de octubre los llevaron ante el juez militar de segundo turno. En el garaje de Jaime Cibils y 8 de Octubre estuvieron sentados contra una pared en absoluto silencio toda la tarde.

Cuando le tocó el turno a Mario, que fue el último, el juez en persona, solo y con una radio emitiendo música clásica, lo hizo tomar asiento y le dijo estas sabias palabras que encerraban, según él, una notable contradicción:

—O usted es un ignorante, y no lo es porque aquí aparece que terminó el liceo, o es un gran dirigente del marxismo internacional.

Mario se animó a realizar una pregunta:

—¿Por qué lo dice, señor juez?

—Porque usted no puede afirmar este testimonio ante la justicia militar.

—Ya ve, no tengo nada que decir.

Esa vez solamente llevaron a otro señor que por casualidad pasaba por la calle para que firmara junto a Mario.

Al salir de allí de regreso a los vagones, todos amontonados en una camioneta, pudo enterarse de los sollozos

y quejidos de los otros subversivos. Los habían procesado a dieciocho años de cárcel y ninguno tenía más de veinte años de edad.

Al día siguiente, todos los procesados fueron trasladados al penal de Punta Carretas. Mario creyó que quedaba solo con un vagón a sus anchas, pero, como ya habían terminado de construir unos diminutos calabozos al costado de los vagones, fue mudado a uno de ellos. Un metro por metro y medio, esas eran las dimensiones; mucho más tarde se enteraría de que les llamaban perreras.

Medidas prontas de seguridad fue lo que le aplicaron y, como castigo por la parquedad de la declaración, nunca le avisaron a su familia dónde estaba.

En ese tiempo de espera y sopor vivió como testigo mudo. Al amanecer de un domingo, despertó con alguien más sentado en el diminuto camastro. El hombre se puso en confesión inmediatamente, al menos eso fue lo que le hizo creer. Lo habían llevado por averiguaciones, pero lo largarían enseguida. Dijo ser un vendedor de diarios y revistas con un quiosco en el Camino del Andalúz. El asunto por el cual lo habían apresado era que su mujer lo venía engañando hacía un tiempo con un fulano. ¡Qué casualidad, justo el fulano era la misma persona por el que garroteaban a Mario preguntándole detalles para localizarlo!

Antes de que se cumplieran los dos meses, apareció, co-

mo por arte de magia, su madre. Se había atravesado medio país. Reconocieron que, efectivamente, lo tenían detenido en ese lugar, pero incomunicado, por lo cual no lo podía ver. La madre comenzó a decirles que no se iría hasta verlo vivo, incluso se desvaneció y cayó al piso. Accedieron a que lo viera de lejos y la señora insistió en que lo quería tocar, hablar con él. Aflojaron y pudieron acercarse, aunque brevemente. Le dejó ropa limpia y cada cual volvió a su camino.

El resultado fue que a los dos días lo montaron a la caja de una camioneta policial, esposado, sin capucha, y lo trasladaron sin decirle adónde. Fue un viaje de una hora quizás, hasta el famoso Cilindro Municipal de Montevideo. Quedaba atrás Mario como antes había quedado la Bruja y la novia que ya no lo esperaría.

Con diecisiete años se había animado a pedir permiso al padre para pasar a la clandestinidad. Los S2 del cuartel del pueblo serían implacables, volverían por él cuando cumpliera la mayoría de edad y esa próxima vez la prisión sería larga, definitiva. La Bruja se terminó allí.

Arriba de la caja abierta de la camioneta de la policía de Canelones, con el viento en el rostro, iba repasando su película cuadro por cuadro. Se repetía los nombres y apellidos de cada uno de los doce o trece infortunados con los que había compartido vagones, para no olvidarlos y ponerlos en un futuro informe que, se imaginaba, debería escribir; trataba de retener las señas particulares, los

apodos y los apellidos —aunque pudieran ser falsos— de los milicos represores en aquel lugar de terror absurdo.

Los vagones estaban en la esquina de la ruta nacional 5 con la ruta 11, junto al estadio municipal, en la ciudad de Canelones.

Una noche, en el calabozo-perrera, escuchó los preparativos de los feroces cazadores. Hubo asado y algo de bebidas con alcohol, por los comentarios cada vez más exaltados. Por ellos se enteró de que pasarían la madrugada allanando casas en la ciudad de Pando. Habían dado con alguien que les había proporcionado nombres y casas de la dirección del Partido Comunista en esa ciudad.

Mario demoró en conciliar el sueño y, cuando lo pudo hacer, lo despertaron los gritos de un lado y del otro. Habían regresado de la cacería y comenzaban los interrogatorios.

Fueron varios días, y a Mario le quedó grabado un nombre, Daniel Pazos, por la frecuencia con la que lo repetían. Lo tenían allí, se oían sus gritos al principio, luego, sus quejidos.

Cuando, aparentemente, habían cerrado todo el operativo con las actas correspondientes, sacaron a Mario de la perrera a tomar aire entre los árboles al borde de la ruta 5. Le duró poco ese paseo, lo regresaron, vendado, conducido por un guardia. Habían llegado oficiales del cuartel de San Ramón con un alto dirigente prisionero que

venía a un careo con alguno de los detenidos en Pando.

Mario quiere recordar, pero no puede, de dónde sacó el dato del nombre completo de ese alto dirigente. Lo piensa unos segundos y se golpea la frente con los dedos extendidos. ¡Qué casualidad, era el mismo que había provocado la caída en cascada, cual un castillo de naipes, por la cual habían atrapado a la Bruja! Así que bien pudo ser una jugarreta de las paredes con oídos que muchas veces repiten voces del gran hermano manipulador.

Y era muy poco más lo que podría aportar de relevancia. Unas nimiedades que le ocurrieron con un viejo guardia nocturno cuando ya estaba en el calabozo. Mili-co campechano, viejo, próximo a la jubilación, de Santa Lucía. Le permitía salir del calabozo un par de horas, lo convidaba con mate y tabaco. No se acuerda de qué hablaban, de la nada misma sería.

Pero sí recuerda, con mucho pudor, la noche en la que el viejo le dijo todo ceremonioso: «Vaya al baño y lávese las partes». El adolescente llevaba semanas, más de un mes sin ducha ni cambio de ropa. Fue al baño, se lavó la cara y los sobacos. Cuando volvió, el viejo le extendió un mate y seguramente estiró su olfato. «¡Pero usted no se lavó las partes!» Mario no sabía el significado de la palabra partes. Como tampoco supo responder cuando el viejo se había presentado y le lanzó: «¿Cuál es su gracia?».

El Gordo Ferreira, tan patotero como bocón, ante la in-

dicación del jefe de que podía conducir al detenido no solo esposado, sino también vendado y tirado en el piso de la camioneta, respondió muy soberbio: «Prefiero que me vaya mirando la cara todo el viaje». Cuando llegaron al Cilindro, el tal sargento Ferreira, paternal y suficiente, le dijo: «Bueno, pórtese bien aquí».

Entró a un lugar con mucha resonancia por dos poderosas razones para Mario cuando era la Bruja. Aquel había sido el mayor estadio cerrado de básquetbol del país, allí se había jugado un campeonato mundial incluso. Y era, desde el golpe de Estado, cárcel de miles. Las historias circulaban por los informes boca a boca, y en particular aquella de que a los milicos se les había ocurrido sacar presos a blanquear los muros que gritaban contra la dictadura.

Lo que tensaba más esta historia era que la dirección nacional de los jóvenes rojos había ordenado que nadie debía salir a blanquear muros, de lo contrario serían sancionados severamente por la organización.

Aquella disyuntiva atroz despertaba ahora en Mario la curiosidad por saber cómo estaba sucediendo semejante enfrentamiento entre el deber ser de la disciplina partidaria y el garrote vil de la represión. Él, en aquellas circunstancias, creía no tener dudas, pero ¡uno nunca sabe!

Al traspasar el enorme portón de metal y lata, abandonó al Mario del Camino del Andalúz y pasó a ser el Tape, botija del interior que venía con toda una leyenda de su pueblo y,

principalmente, con una ingenuidad a prueba de ángeles.

El recién bautizado Tape no sabía que pasaría allí dentro los siguientes siete meses. Ni siquiera podía imaginar que se iría de manera abrupta, idéntica a un desplante irrespetuoso, lo cual provocaría la ofensa de las autoridades del comando conjunto de la policía militarizada, custodia y cancerbera.

El jefe de la guardia se hacía llamar capitán Sande, José Felipe Sande Lima, aunque con sus veinticuatro años todavía era alférez.

Al Mario, que pronto apodararía Tape otro ser ocurrente como aquel compañerito de escuela que lo bautizó Bruja, lo llevaron incomunicado a uno de los vestuarios de jueces. A pesar de los pesares, el Tape recién estrenado comenzó a vivir todas las novedades como una fiesta al conocer a tantos compadres de un viaje sin retorno.

El primero en llegar hasta el vestuario solitario fue Avellaneda, obrero tabacalero, así se presentó, que le traía un colchón y un paquete de cigarros. «Esta es la bienvenida —le dijo—, pero no te creas que siempre es así, los próximos serán tabacos y hojillas para armar.» Además, lo tranquilizó, ya estaban haciendo gestiones para que le levantaran la incomunicación, al menos en ese lugar. Y cualquier cosa que precisara, que pegara el grito que alguno iba a aparecer. En las horas siguientes lo abrumaron de atenciones, el vestuario se llenó de en-

seres necesarios para sobrevivir varios meses como náufrago en una isla de un archipiélago.

Las tales gestiones pasaron por el alférez OCOA, quien se le apersonó muy en tren de amigo bueno para facilitar un trámite. Así, en ese tono de hermano, quiso saber cuál era la causa por la que estaba en esas vueltas. Mario se hizo Bruja y puso cara de Tape, beneficiado por los cigarros de Avellaneda. Apenas era un estudiante caído en las redes de las medidas prontas de seguridad sin ninguna causa de gravedad extrema como para semejante atrocidad de meses de carcelaje.

Sande Lima quiso ser sincero y fue directo al grano, sin antifaz. Los apremios físicos y psicológicos a los detenidos, los nombró con todas las letras, torturas, eran necesarios para salvaguardar la integridad de los soldados, que garantizaban la seguridad nacional de la patria. En resumidas cuentas, lo quiso poner sobre aviso de entrada para que no se hiciera falsas ilusiones.

Luego de aquella lección somera, precisa y atroz, el alférez autoproclamado capitán le comunicó al Tape que sería conducido nuevamente al juzgado militar. El traslado fue mucho más aparatoso que la primera vez. Sande Lima dispuso una camioneta cerrada con cuatro policías militarizados portando sus respectivas Uzi y Mario esposado.

El trámite ante el capitán de corbeta devenido en juez

militar de instrucción de segundo turno fue muy expedito. Lo miró una vez, hizo como que leía un expediente —que debería ser el de Mario— y dictaminó el levantamiento de la incomunicación.

De vuelta al Cilindro-cárcel comenzaría para el Tape el camino hacia el día D. Desde el susto extremo fundido al aire de libertad entrando por los pulmones y a la fuga hacia adelante pues detrás quedarían las rejas y la amenaza del alferez capitán.



Los halcones y Ana

—Lo primero que les quiero decir es que yo seré una gran traidora, o como ustedes me quieran llamar, pero me sigo sintiendo comunista.

Frase contundente, disparada por Ana a los cuatro hombres sentados alrededor de una mesa. En el centro, el único adorno es un grabador y unos cuantos casetes ordenados compulsivamente por Gonzalo, maniático del orden y quien resulta ser, además, el operador de semejante aparato omnipresente.

Isidoro toma la palabra y le espeta:

—Dejate de cosas raras y vamos al grano si no querés que te subamos.

Aquel lugar rigurosamente secreto, clandestino, compartimentado —en el pasado había sido un hotel para

los troperos que venían del campo trayendo el ganado para los frigoríficos— tenía dos plantas. Debajo, las celdas donde mantenían a los secuestrados, incomunicados entre sí y con el exterior. En la planta de arriba, las piezas más cómodas, en las que dormían los oficiales; otra donde guardaban los archivos, los ficheros, las actas de los interrogatorios... y una exclusiva para Ana por su importancia como colaboradora en esta última operación contra el comunismo internacional y sus secuaces criollos, muy cerca de la habitación donde funcionaba la máquina. Se trataba de eso, justamente, de tenerla bien cerca para confirmar o desmentir las informaciones que fueran saliendo de los aprietes.

Gonzalo se vuelve insistente, quiere una dirección precisa, exacta. Ana le responde una y otra vez lo mismo: «Esa era una casa del Negro Ortíz». Suponía que con esa evasiva podría escapar del acoso: el Negro se les había ido en un maquinazo. Pero Gonzalo le busca la vuelta.

—¿Quién de los que tenemos acá puede saberlo o nos puede dar un dato para llegar hasta allí?

La imaginación y la fantasía de Ana se despliegan todo el tiempo, el objetivo es que no la suban en la roldana, que la dejen tranquila, que pueda respirar el aire de libertad aquel de la infancia. Sus ojos van de un lado a otro, observa cada uno de los cuatro rostros que no sonríen ni por un instante, no los distrae siquiera una mosca posada aquí y allá, que revolotea encima de las cabezas, golpea en una de

las paredes y retorna con un impulso vital a una loca carrera, huyendo vaya a saber de qué perseguidor.

Cada vez que organizan una reunión de aquellas, de trabajo, así les habían pasado a llamar después de que dejaron atrás los interrogatorios, es porque descubrieron algo y quieren llegar a otro punto. Seguramente, habían juntado un dato con otro y se dieron cuenta de que se les había escapado una pieza.

La compartimentación tenía eso, una vez que se cortaban los contactos y se perdían los vínculos, había que congelarse. El cuadro congelado podía pasar meses sin salir ni siquiera a la esquina; al cumplirse todos los plazos sin recibir una señal, podía cruzar la frontera del país y perderse para siempre.

—¡Hay que actuar rápido! —exclamó Ulises, revelando un pensamiento compartido por los cuatro.

Ana vio con preocupación cómo se movían en sus sillas y creyó percibir que amagaban a levantarse.

—¡Che, hermano, ustedes siempre están apurados y las cosas no son así! —dijo con esa expresión de confianza que se había generado en ese ambiente tan particular donde todos habían pasado a ser camaradas, se podría decir.

Al hombre de su vida ya lo había entregado de pies y

manos, y lo había aleccionado sobre esta su nueva condición, tratando de salvar lo que se pudiera, aunque siempre estaría primero el pellejo propio y después el de los demás. ¡Total, ya estaba todo el pescado vendido y los camiones de la clase obrera y el pueblo vendrían a liberarlos al final del túnel!

Ahora había recordado que él, justamente él, su amor, su loca pasión, el hombre con el que había convivido los últimos años de clandestinaje, aquel ser cargado de ideales con quien hacía rato no tenían secretos, tenía ese dato.

Él, su subordinado en la estructura de acero y cristal del centralismo que había perdido lo democrático, con quien habían atravesado muchas casas clandestinas, superponiéndoles tareas a compañeros que se desvivían para recuperar las barras del día, que recorrían los barrios juntando lo que se pudiera con tal de no morir solos, de encontrar el aire para los pulmones de la organización cada vez más flaca y endeble, él, justamente él era quien poseía el dato que estaban buscando las bestias sedientas de sangre.

—Alfredo puede conocer la casa de la viuda. Porque es viuda a esta altura, ¿verdad? Se animó a juntar dos frases parecidas a un relámpago en cielo de verano, aunque faltaban algunos días para el inicio de la estación estival en el hemisferio sur del año 1981.

—¡Muy bien! —exclamó Gonzalo. Cuando agotemos el

tema con vos, bajaremos a hablar con él, ya está suficientemente blandito y entendió que debe colaborar si no quiere empezar otra vez con la máquina. Pero ahora sigamos con el paso siguiente. ¿Quién sería el indicado para visitarla con el pretexto de llevarle ayuda económica y preguntarle por el marido? ¿De paso le dejaría una cartita para que el enlace le entregue a la congelada esa que no sale del escondite? ¿Mirta es el alias, dijiste?

Entonces toma la palabra Ariel, quien ha permanecido en silencio pues su misión en aquella tertulia era encontrar los caminos hacia un pez gordo de la Juventud que se movía en la empresa de neumáticos de Villa Española.

—No se apresuren. Tengo entendido que para llegar hasta la casa de esta señora hay que ir con una contraseña, cada visitante tiene que presentarse con una contraseña distinta, de lo contrario, ni siquiera te abre o te atiende como si fueras un vendedor callejero.

—¡Muy buen aporte el suyo! —exclamó Isidoro, a quien le gustaba que los demás oficiales se involucraran en todos los casos y no solamente en aquel para el cual habían sido asignados específicamente.

Ana volvió a comprender, cada vez le quedaba menos margen para zafar. Debería acometer semejante visita a cara descubierta, pero permaneció en silencio para ver por dónde seguían aquella nueva pesquisa.

—¿Aquí tenemos a alguno que conozca una de esas contraseñas? —preguntó Ulises y no le dejó espacio para meter la marcha atrás.

—No te queda otra, Ana, tenés que salir a la cancha vos misma. Ella no te conoce, pero vos tenés que imponer tu condición de jefa máxima. Así que en cuanto obten-gamos la dirección exacta, proporcionada por tu Alfredo, te bañás y te perfumás, te vestís con la mejor ropa y te llevamos hasta ahí.

Se hizo un silencio espeso, prolongado, interminable.

La principal preocupación del Comando había sido hasta ahora no exponerla a que la descubrieran los pichis que todavía seguían sueltos. Esa y no otra era la incógnita, cómo camuflarla; podían llevarla y traerla sin prevención alguna de que se fuera a escapar pues ya había dado suficientes pruebas de que había asumido su nueva función. Justamente por eso mismo debían encubrir-la con tal de que la organización no conociera el tejido de araña que habían elaborado con ella junto al Ruso y al Flaco Alejandro.

Dado que Ana sentía que hacía rato estaba jugada, lo único que le inquietaba —y la atenazaría por siempre— era caer en el fuego cruzado. Sus camaradas de antaño habían demostrado ser unos vegetarianos en todo, especialistas en hacer informes en los que decretaban la muerte civil de quienes dejaban de comulgar con sus

ideas, mientras estos nuevos camaradas tenían siempre pronta la cal para cubrir los huesos de quienes se oponían a sus órdenes.

Ariel tomó la palabra para inducir el laberinto de Ana hacia el hombre de la fábrica de neumáticos. Como era costumbre en ella, comenzó dando un rodeo. Que se había mudado y que ella no solo no conocía su paradero, sino que le había perdido la pista. Lo único que sabía de él era que no podía agrupar gente allí porque cumplía un trabajo de supervisor y el personal subalterno lo miraba con desconfianza.

Aunque ya era bastante más que lo poco que tenían, Ariel metió el bisturí a fondo:

—¿Quién de los que tenemos acá puede atraerlo hacia nosotros?

—Raúl —dijo Ana con cara de jugador de truco que ha echado el vale cuatro con el dos de la muestra.

—Y colorín colorado... —remedó Isidoro, mientras se incorporaba de su poltrona y le ordenaba a Gonzalo que apagara el grabador.

Por esa época, Ana había comenzado a entusiasmarse con Ulises. Él hacía el papel del bueno, se encerraba con ella en la celda y le hablaba como un hermano, preguntaba suavemente, agarraba de arriba de la mesita el cua-

derno que le habían dado para que escribiera y dibujara, y con su Parker se ponía a hacer garabatos. Al principio ni siquiera la miraba a los ojos.

Con Alfredo ya no podrían continuar ninguna relación. Una, porque a él lo llevarían al penal y, otra, por todo lo que había pasado allí adentro. Y Ulises la protegía de las bestias que andaban en la vuelta, alzados como animales.

Ulises, además de tímido, parecía inocente. Cuando escuchaba los cuentos de las andanzas de Ana, reaccionaba con asombro, preguntaba, incrédulo, por detalles insig-nificantes. Tenían la misma edad, pero los caminos recorridos eran bien diferentes. Él hablaba de sus viajes, quería impresionar. Ella le manifestaba curiosidad y asombro por aquellos lugares donde él había andado aprendiendo todo lo que desarrollaba en la práctica. En contrapartida, ella sentía la obligación de contarle cómo era la otra nieve y con quiénes la había recorrido.

Lo mejor de tales conversaciones, que cada día se hacían más extensas e intensas, era que la aislaban de lo que sucedía alrededor y a ninguna de las bestias babeantes se le ocurría ni siquiera golpear la puerta.

Llenaron un bloc y comenzaron otro. Él venía cada vez más seguido; siempre que alguno de los detenidos cantaba una información, necesitaba confirmar con ella. Y cada cosa, preguntas, respuestas, detalles, día, hora, año, nombre de la calle y hasta el número de puerta eran

anotados en esos papeles. Cuando el interrogado se ponía muy terco negando algo, ella escribía las palabras mágicas que solo ambos conocían, las que solamente habían escuchado en un susurro. Las palabras intercambiadas en aquellos contactos callejeros de hacía tres y más años eran escritas con la letra de uno o del otro, porque a veces ella comenzaba a tartamudear y se negaba a escribir, entonces tomaba la posta Ulises haciendo de transcriptor de las palabras de la Pitonisa.

La letra de Ulises era la de un niño que no había terminado de crecer, en tanto que la de Ana era la de alguien que no había concluido el proceso de alfabetización. Pero ¿qué importaba mientras fueran útiles para los fines que perseguían?

Quizás por eso, en su megalomanía, Ana pudo convencer a su ingenuo jefe rojo, otro delirante, de que ella había logrado quebrar a un cuadro del enemigo. El capitán Ulises había caído rendido a sus hechizos y le había ido entregando día a día, cada año de los quince de cohabitación en una armonía total de pacto sanguíneo, las claves de sus métodos, las contraseñas de sus ocultamientos como capas de cebolla.

Así fue que pergeñaron fugarse juntos. Primero, consiguieron quedar embarazados luego de esos múltiples encuentros encerrados en la habitación exclusiva de Ana. Luego, lograron que les dieran cierta libertad de movimientos. Ya embarazada, comenzó a subir a la terraza a

tomar aire y sol. Y ella siguió insistiendo con que la dejaran salir a la calle para rescatar la carta criptográfica del gran jefe en la que le solicitaba que saliera del país con el fin de ungirle como nueva integrante de la Dirección, cooptada en circunstancias excepcionales al no poder realizar un congreso como determinaban los estatutos.

Isidoro, seguramente en acuerdo con el Comando Superior, había llegado a la conclusión de que ya la habían exprimido lo suficiente y de que a partir de ese momento debían decidir otro destino para ella con el fin de que siguiera siendo útil al Servicio.

«Para cada caso una solución concreta», repetía Isidorito. De esa manera, al Ruso lo tenían trabajando en el Hospital con un espejo que permanecía junto a él todo el tiempo, el Flaco Alejandro quedó allí en el hotel ayudando en los archivos, mientras que la solución para Ana fue mantenerla en otro limbo.

Fugados, se mantuvieron un tiempo lejos, cerca del río Negro; luego, Ulises sería dado de baja deshonrosamente por semejante desertión, pero debió seguir aportando lecturas de los movimientos públicos de los rojos.

En su nuevo hogar, escuchaban y grababan todas las audiciones radiales por onda corta que mantenían los bolches uruguayos. El Ñato Enrique en Radio Praga, el Flaco Ricardo por Radio Moscú, Rosita en Radio Berlín y su hermana desde Radio Habana. En general, las noti-

cias eran transmitidas con mucho retraso con respecto al origen de la fuente, pero eran útiles para el trabajo de vigilancia, alertaban sobre la zona geográfica donde los rojos mantenían algún tipo de organización.

Escuchaban con puntilloso detalle lo referido a la información que pudieran manejar sobre los grupos de tarea, la base Roberto en la Tablada y todo lo concerniente a los distintos operativos llevados adelante después del triunfo del "NO" en 1980. Les resultaba muy llamativo que no difundieran el nombre ni el grado de ninguno de los oficiales que actuaban o que habían actuado en el hotel.

Ana sabía que toda aquella locura le permitiría algún día desembarcar en un punto final y ella quería ser útil a sus antiguos camaradas cuando alumbrara. No podía guardar nada por escrito, descontaba cualquier posibilidad de pasar información pues estaba segura de que desconfiarían. Sin embargo, en su memoria fue guardando unos cuantos datos relevantes.

Se aprendió de memoria los nombres de los oficiales y sus alias, de todos y cada uno de los que actuaban en ese período en el que decidieron hacerla pasar una temporada con ellos. Los alias tenían una lógica, la primera letra del apellido servía para nombrar al compartimento. Así Ulises, Ariel, Gonzalo, Pedro, Simón, Tomás, Víbora, Javier. También los más viejos, que venían de la oleada anterior cuando la Morgan, los Óscares, más Isidorito o Siete Sierras.

Por allí pasaron muchísimos oficiales que venían de los cuarteles del interior y le resultó muy difícil retener todos los nombres, aunque si los viera y le dijeran el currículum, como en el manyamiento, seguramente los sacaba. Esos hacían guardias de quince días y volvían a su cuartel de origen. Mientras estaban parecían sombras, miraban, escuchaban, ordenaban papeles, escribían a máquina y trataban de que no los vieran durante los interrogatorios o las reuniones de trabajo en las que participaba alguno de los colaboradores civiles.

Sin embargo, hubo uno de esos del cual se memorizó su apellido por asociarlo a Ulises. Troya, la ciudad sitiada por los griegos de Ulises. Fue por esa época, la del estreno mundial de la película protagonizada por Brad Pitt, cuando Ana comenzó a recuperar una parte de la memoria de lo vivido, a pasarla en limpio y a contársela a su jefe rojo, que se la creyó casi toda. De todas maneras, los años habían comenzado a hacer su trabajo y el relato de Ana iba y venía, jugaba con los diferentes tiempos y épocas de su pasado. Necesariamente, el relato de sus avatares y tribulaciones no podía ser lineal ni tenía por qué dejar de ser tortuoso como lo fue el destino de todos a quienes alcanzó con el Gran Juego en el que se metió a pura conciencia.

Lo que sí repetían las audiciones rojas de onda corta era la información referida a quienes ellos llamaban desaparecidos. En algunos casos sí lo eran, pero, en otros, solamente permanecían en calidad de tales por unos

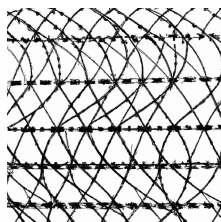
meses hasta que se lograba investigar a fondo tanto al objetivo atrapado como a sus vínculos. Ella le preguntó un par de veces a Ulises, como al descuido para no levantar sospecha, por el destino final de los cuerpos y siempre recibió palabras evasivas de respuesta.

Un dato no menor fue que nunca nombraron a Ana como una desaparecida, ni reclamaron su libertad. Eso quería decir que alguno de los que cayó en esa última redada había logrado sacar la información.

Había algo en la estructura de su personalidad que le permitió siempre conservar su expresión pétrea. Las cosas le sucedían a otra y no a ella. El polvito blanco ayudó mucho a sortear la mayoría de las situaciones de máxima tensión por las que debió atravesar. Ulises se encargaba también del abastecimiento de la blanca. ¡No resultaba fácil continuar sintiéndose comunista y, a la vez, seguir su vida!

La situación familiar de Ulises quedó al descubierto cuando se fueron a vivir juntos, luego de la fuga del hotel. El capitán estaba casado, tenía hijos, suegros, cuñados, hermanas, padres, tíos. Su nuevo destino en el Servicio lo obligó a congelar todos esos vínculos y a dedicar las veinticuatro horas a Ana. En algún momento, incluso la tuvo que llevar en su auto hasta el estacionamiento de su nuevo trabajo y dejarla encerrada en él porque a Isidoro se le había antojado que debía volver a interrogarla.

Pasaron a vivir a monte. Ana parecía exhumar sus períodos de clandestinidad. No podían intimar con los vecinos, debían pasar desapercibidos. Eran dos sombras que entraban y salían, de la casa al auto. Hacían las compras en barrios diferentes, siempre en supermercados. Ella, a quien tanto le gustaban los perros y los gatos, no los podía sostener pues la mudanza se volvió el estado permanente. Descubrió que Ulises era amante de las plantas y tuvo que acostumbrarse a convivir con un cactus que trasladaban en cada partida.



Perdió el capitán

Lo mío era hacer el bueno de la película. Cuando entraba en acción era para hablarles tranquilo, con lápiz y papel iba dibujando y escribiendo, haciendo un cuentito. Conversa va, conversa viene, iban soltando todo lo que sabían y lo que no, supongo que también lo inventaban.

Llegaban bien ablandados, mansitos, sin ningún reproche ni malos modales. Al final, cuando ya habían firmado el acta y habían pasado al juez, les ofrecía trabajar para nosotros. Algunos agarraron viaje y otros no. La oferta y la demanda fue muy variada. Así sucedieron las cosas. Lo que salió bien se lo debo a ellos, sobre todo a Ana.

Gracias a lo que armó y desarmó ella, principalmente, me convertí en el sobrino mimado del general, que permitió que nos enamoráramos y facilitó el pedido de baja prácticamente sin consecuencias negativas, enseguida entré a otra repartición del Estado.

Era muy sencillo, no había que enojarse ni levantar la voz nunca, esa fue la primera enseñanza, el decálogo del buen oficial de enlace. A cada uno nos asignaban un número de sujetos por tanda. Muy sencillo, habían leído y subrayado el libro de Gilles Perrault y se imaginaban que podían hacer lo mismo que Trepper. ¡Creían que ellos eran la Orquesta Roja uruguaya!

Mentían todo el tiempo, había que andar adivinando, cruzando información con otros oficiales; eran muy necesarias las reuniones de coordinación, ahí salían las direcciones postas, los contactos reales, los seudónimos que correspondían a tales nombres y así íbamos armando el rompecabezas. Siempre tuvimos a Ana para confirmar cada dato.

Una cosa que jamás pude hacer fue tomar mate, ni con ellos ni con nadie. En las guardias, los soldados y los clases no hacían otra cosa, pero nunca agarré ese vicio. Tampoco el cigarro ha sido un problema para mí. Pero siempre tenía que andar con un paquete para convidar a los informantes, soltaban la lengua con más confianza.

Lo que sí me agarró fuerte fue el alcohol. Creo que empecé con el Mariolo en las excursiones por el Hong Kong, las Pirámides y el Karin, ahí le entrábamos a lo que viniera; primero, la cerveza, después, unos tragos con hielo, unas veces whisky de contrabando, otras nacional, siempre cortado con burbujas. En el mano a mano con el Mariolo, cuando me iba instruyendo con sus

cuentos de palizas a los pichis, como decía él, le dábamos a la grapa con limón. Después de una de esas noches, para sacarme la resaca tuve que recurrir al médico de la unidad. El tipo muy bonachón y canchero.

—Mire, oficial, le recomiendo que siga tomando siempre bebida blanca, nunca se aficione al vino ni a la cerveza porque afectan el estómago irremediablemente.

Desde ese día le hice caso, no fui más al Grillo ni al Chiquín, boliches donde solo había vino de la casa.

Después, mucho después, cuando nos fuimos a vivir con Ana, ella le daba a la blanca y al cigarro y yo al whisky hasta que terminé alcoholizado con varios episodios complejos, rompía todo en la casa y me iba por varios días hasta que regresaba mansito. Hice el ciclo completo, del tigre a la oveja y de ahí al elefante blanco.

Los camaradas del tío nunca se olvidaron del sobrino mimado, por suerte, no me dejaron tirado. También, seguramente, por el interés del Servicio de preservar los secretos del general y todas las operaciones que realizó de incógnito. Por lo que sea, me internaron, enseguida tuve un tratamiento de psicoterapia, de la que pude salir contando el cuento. Mientras tanto, con Ana estábamos criando, pero no le importó nada, se largó a hablar con sus antiguos camaradas. Así fue que aparecieron los nombres de muchos de nosotros pegados a los seudónimos exactos. La compartimentación funcionó a medias,

creo que nunca supo el destino final y le faltaron los nombres de los oficiales que venían a la base Roberto en comisión, técnicos en algunas materias específicas.

Estaba en la clínica todavía cuando vino a verme una de las crías. Los muchachos ya me habían pasado la data de que Ana estaba volviendo a hablar.

—Tu madre me cagó la vida. Fue todo lo que le dije y nos largamos a llorar los dos.

Estaba enamorado, ese fue el diagnóstico que hizo la primera psicóloga que me trató; después, las siguientes ya no estuvieron tan seguras, hablaban de un espejismo típico de un adolescente, más bien de alguien que hubiera truncado su proceso de maduración.

Ingresé al sindicato y fui elegido delegado de mi sección para un congreso hasta que me denunciaron. Seguí trabajando en el más absoluto anonimato, no tenían pruebas concretas hasta que surgió esto de Ana. Pero se ve que al principio no le creían, había mentido tanto que, cuando se ponía a llorar y a dar su lata de arrepentida, los oídos se cerraban. O tal vez elegía mal a sus interlocutores. Lo cierto es que no dieron conmigo hasta hace bien poco, transcurrió mucho tiempo, demasiado, ahora ya no le debe importar a nadie algo sucedido allá lejos, hace tanto.

Acá donde estoy soy un bicho raro, un civil, sin ser civil

del todo, entre exmilitares y policías y algún que otro civil entero. En rigor, soy un militar dado de baja por haberse fugado con una subversiva. Todos meamos en pelelas y andamos contando las nanas y guerras inventadas en aquel pasado del que nadie tiene memoria, salvo los enfermos de rencor y rabia.

La mayoría espera desde hace mucho más tiempo que yo, aunque todos tenemos expectativas de una solución. En lo único que nos ponemos de acuerdo es en que recibíamos órdenes y la primera orden vino del poder civil elegido democráticamente. Fuimos la mano de obra desechable y ahora nadie se quiere hacer cargo. Discutimos mucho, todos reciben visitas de personas importantes, muy influyentes, cada semana llevan y traen novedades.

La palabra que cayó como una bomba, amnistía, lo menos que recibió fue un rechazo casi unánime:

—Nos quieren equiparar a los pichis.

Algunos como yo lo que queremos es salir de acá y terminar nuestra vida tranquilos con la familia. Pero claro, hay otros que se quedaron hasta sin familia y no tienen dónde ir.

Lo pienso y le doy vueltas y vueltas, Ana me enloqueció con su manía persecutoria. Hubo un tiempo en el que decía que había vecinos con micrófonos direccionales y cámaras de fotos, que la querían secuestrar. El terror ma-

yor era que la llevaran al penal de Punta de Rieles con las otras pichis. Ahí estaban todas las que ella había cantado.

Las psicólogas, todas, me recomendaban que le consiguiera trabajo para que se distrajera, pero ella nunca quiso, siempre estaba viendo S2 por todos lados.

Le resolví la vida a la familia, todos tuvieron su trabajo, su negocio, su puesto público; ella terminó recibiendo la pensión esa que le dan a los pichis y se casó con el amor de su vida, según dicen que repite. El único que se jodió fui yo. Miro para atrás y ya no sé a quién echarle la culpa; al viejo, que siempre quiso la carrera militar para mí, a la vieja, que no se opuso, a Dios, a Alá, a Mahoma, a este país de mierda que no termina de cerrar este libro, total, fueron unos pocos, muy pocos comparados con Argentina.

Siempre quise tener perros y gatos, una casa con fondo y jardín al frente, pero tuve que andar de mudanzas permanentemente, de un apartamento a otro. Le hice creer a Ana que me gustaban las tunas y las plantas para que tuviera algo en qué entretenerse. Las veces que tuvimos que salir con lo puesto había que verla cargando una tuna. Nos reíamos porque los vecinos ocasionales nunca entendieron nada ni se imaginaron la historia de esa pareja que andaba de un lado para otro como bola sin manija.

Por suerte, teníamos hermanas que les dieron estabilidad a las niñas, siempre fueron a la misma escuela y al

mismo liceo. A esas hermanas les pudimos contar todo y ellas entendieron a su manera. Claro que todo no sería la palabra exacta, les contamos resguardando siempre la compartimentación y ellas comprendieron, nos dieron contención, como se dice ahora.

Las niñas veían los llantos histéricos de Ana cada vez que le daba el ataque, cuando se peleaba conmigo o cuando se ponía en confesión con alguien de la familia más cercana y algo hubo que contarles, aunque no creo hayan terminado de entender la madeja completa. No sé ahora.

En esta rutina entre cuatro paredes no nos falta nada, tenemos todas las comodidades, pero nadie estaba preparado para esto. Los gringos nos enseñaron el abecé de ida, pero no el de regreso. O nosotros estábamos convencidos de que nunca iba a existir la marcha atrás, ¿por qué debería suceder? Los beneficios eran infinitos, también eso fue una realidad y ni se nos ocurría pensar que algún día fuéramos a perder.

Una cosa era vernos las caras en el Servicio y otra es vernos veinticuatro por veinticuatro sin escapatoria. Salvo que te mantengas aislado, y eso no es bueno para la salud mental, ya me lo repitió la psicóloga y esto mismo subrayan las asistentes que vienen a hacer talleres de convivencia.

Cada uno tiene su propio rollo, cultiva su locura particular. La mía es la hipocondría, estoy siempre enfermo, con gripe, asma, alergia, las piernas me duelen de

manera insoportable. Y eso que no soy de los más viejos. A la tía vieja, la Tita, como le dicen todos en la familia, no hay con qué darle. Ella estuvo del lado del Proceso desde el inicio.

—Es lo mejor, hijo, siempre contaban mis padres y abuelos de sus épocas, cuando la cuestión estaba muy embarullada, lo mejor era que vinieran los militares. Cuando empezaron con todo esto de la violación a los derechos humanos, la Tita, inmovible: «¡Ah, sí, seguro, cuando las guerras de Aparicio Saravia iban a andar con esas cuestiones!».

Una cosa es andar a monte solo y otra distinta era andar con Ana de remolque. ¡Una rayadura de novela! Y para colmo, cuando pasó el primer torbellino de la fuga, el arresto a rigor y la baja, la condición para que no nos molestaran era que, semanalmente, me contactaba un oficial de inteligencia, le rendía el parte. Nos pusieron como tarea escuchar los programas subversivos por ondas cortas, debíamos grabar y hacer un resumen escrito de los contenidos con los nombres de quienes hablaban. Ana tiene varias guías telefónicas en su lengua, conocía los nombres, apellidos y seudónimos de todos los que aparecían en cada audición. Siempre admiré su memoria y el poder de retención de cada detalle por más mínimo y remoto que fuera.

Desde hace un tiempo volví a cambiar de psicólogo, ahora, en lugar de una mujer, es un hombre por suge-

rencia de los muchachos del Servicio. Me pusieron abogado y psicólogo, estoy rodeado por mis ex camaradas de armas.

El punto es que este psicólogo trata de que borre de mis recuerdos a Ana.

—Ella logró manipularlo, de esa manera consiguió revertir el peso de la prueba en su contra. Para alivianar su vida aquí adentro debe eliminar a Ana de su cabeza, debe liberarse de su legado.

Es difícil abandonar la condición de manipulador, lo hago todo el tiempo, busco la tangente para escapar, el escondite perfecto, al menos eso es lo que creo. ¡Total, qué importa, igual van a ganar el sueldo que les paga Sanidad Militar!



Epílogo

Estos relatos de no ficción fueron inspirados en testimonios orales y en diversos documentos: actas de la justicia militar; archivos de inteligencia, tanto de la policía como del ejército, una parte de los conocidos Archivos Berrutti y Castiglioni. Pude escribirlos recién ahora, pues durante mucho tiempo estuve autocensurado por la voz de la ponderación, que me asaltaba desde todos los costados de la existencia.

De algunos de estos testimonios tuve conocimiento a lo largo de un año y medio de intensa vida carcelaria y clandestina. Ellos fueron el disparador de estos relatos todavía incompletos. Y luego, largas, variadas conversaciones sobre estos mismos temas con protagonistas, compatriotas con idénticas preocupaciones.

Ellos son el producto de mi obsesión por conocer de primera mano los vericuetos psicológicos del comportamiento humano en semejantes circunstancias: los interrogatorios, la soledad, el brutal

corte con la vida anterior que significó la cárcel prolongada. O el breve apriete, decisivo por lo que implicó en el cambio de pasos existenciales. Y, con el devenir del tiempo, las jugarretas de la memoria, qué recuerda cada uno, qué decide contar cada quien a su interlocutor.

Pero también hay muchos silencios cómplices en los relatos orales. Luego de convivir decenas de años con las víctimas del terrorismo de Estado uruguayo, las confesiones cargadas de sobreentendidos fueron abundando. Cada una de ellas contribuyó a conformar un rompecabezas que, para mí, terminó dándole sentido a una frase muy manida que oía al final de la dictadura: las espinas envenenadas permanecen clavadas en el cuerpo de la democracia.

Los archivos de inteligencia encontrados más las actas de la justicia militar desclasificadas, de los cuales he podido leer algunos miles de fojas, no solo me ayudaron a completar aquel rompecabezas, sino que terminaron de convencerme de que la realidad superó a la ficción. Un ciudadano común tiene todo el derecho a mostrarse incrédulo ante semejante espectáculo, sin embargo, así sucedieron las cosas.

Estos relatos intentan recrear esos testimonios. Los nombres de las víctimas nunca aparecen. Establecí un criterio muy personal, creo que válido, una

frontera infranqueable. De un lado los victimarios y del otro las víctimas sin importar su comportamiento; en la jerga, desde delatores, quebrados, hasta quienes tuvieron una actitud digna.

Con varios tuve una relación cercana, lo cual me permitió escuchar su testimonio de inmediato, sin interferencias, al salir de la prueba infernal de la tortura; con otros mantuve variadas entrevistas muy posteriormente. Una constante fácilmente demostrable es que todos recuerdan a medias sus quebrantos o directamente los niegan. Sus familiares conocen esas claudicaciones, pero ni se imaginan hasta dónde llegaron.

A medida que se van cumpliendo números redondos desde que, formalmente, se terminó el terrorismo de Estado en el Uruguay, he ido haciéndome la misma y obsesionante pregunta: ¿qué testimonio le dejaremos a las nuevas generaciones sobre nuestra sobrevivencia? He percibido de manera muy punzante el dedo índice señalador: no nos han contado todo. Del lado del aparato represor, solamente a cuentagotas van saliendo sus archivos secretos, sin embargo, nunca sus testimonios. En la letra fría nunca aparece la palabra tortura, ni siquiera el término apremios. Eluden, se ponen metafóricos.

Del lado de las víctimas ha primado el relato heroico o el martirologio. Si repasamos la bibliografía

sobre este asunto, tan costoso para la historia reciente de la patria de los orientales, comprobamos que son poquísimos quienes se han animado a abordar este aspecto, determinante, para el presente, sin dudas, y, fundamentalmente, para el futuro.

He intentado hacer literatura con la realidad cruda, el lector juzgará si lo he logrado. Testimonios recreados con recursos de ficción, seguramente superados por los archivos secretos.

Debo agradecer todas las lecturas cómplices, ellas hicieron alcances al texto original, contribuyeron a una mejor presentación.

Índice

Prólogo.....	7
El alférez	9
Esos ojos.....	23
Un quebrado	37
El hincha número uno.....	51
El esplendor de Ana.....	63
El Tejano	75
Lima Zulú.....	87
El Sellado y el Perro.....	103
Mario, la Bruja, el Tape.....	121
Los halcones y Ana.....	135
Perdió el capitán.....	149
Epílogo.....	159



SITIOS DE MEMORIA URUGUAY

Un proyecto colectivo

La edición de este libro, por el sello editorial 'Sitios de Memoria - Uruguay' es una forma de apoyar la publicación y difusión de materiales que aporten a las luchas por memoria, verdad y justicia.

Todos nuestros libros se editan con licencia libre y están disponibles en versiones digitales en la página web del proyecto.

La editorial y la página web son herramientas de acción política en el presente que aporta a la construcción de memoria para cambiar el futuro.

EN ESTA EDITORIAL

Carlos Chassale : Un maestro
comunista en La Teja
Miguel Millán

Ya vuelvo
Mariela Salaberry

Materialidad y memoria : Estudios
sobre siete espacios represivos
de Canelones y Montevideo
Varios autores

Héctor Castagnetto : Vivo en
nuestra memoria
Varios autores

Las historias que no nos contaron
Víctor L. Bacchetta

La lectura de estos cuentos, cuya atmósfera asordinada y siniestra es -mayormente- la resistencia clandestina, me ha revelado o confirmado algunas certezas: el heroísmo suele estar hecho de claudicaciones, de derrotas y aún de infamias; la materia íntima de la épica (no su revés ni su contracara) suele ser el desvalimiento y el miedo. Esta es la modalidad de la memoria que aparece en estas narraciones a las que se ajusta un adjetivo no sé si puesto de moda o inventado por el Indio Solari: desangeladas. Así lo anticipa una canción que sirve de epígrafe.

Otros discutirán la pertinencia estratégica, o estrictamente política, de este libro. Sus virtudes literarias indiscutibles son la intensidad, la potencia sostenida de sus atmósferas, la verosimilitud aledaña a lo documental.

GUSTAVO ESPINOSA



ISBN: 978-9915-9310-5-0



9 789915 931050